

Ilustración, jacobinismo y afrancesamiento:
Ana Rodríguez de Carasa (1763-1816)

ELISA MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

RESUMEN: *Ana Rodríguez de Carasa nació en Cádiz en 1763. Mujer de una amplia cultura, interesada en la beneficencia, se hizo socia de la Junta de Damas de la Real Sociedad Económica de Madrid en 1790, donde ocupó diversos cargos. Después de enviudar de su primer marido, contrajo matrimonio en 1788 con Gonzalo O’Farrill, militar de gran prestigio, que después alcanzaría un gran protagonismo por ocupar el puesto de ministro de la Guerra con José Bonaparte. Durante toda su vida prestó una gran atención por los sucesos políticos de la época que le tocó vivir. Su admiración por los sucesos de la Revolución Francesa fue conocida en la España del momento. Durante la Guerra de la Independencia fue una de las socias más activas de la Junta de Honor y Mérito. Colaboró eficazmente para que la institución sobreviviese a pesar de las circunstancias en las que se vio envuelta en los difíciles tiempos del Madrid ocupado por los franceses. Tras la caída del régimen napoleónico en España, se instaló en París con su familia, ciudad en la que falleció en 1816. A su muerte, el general O’Farrill escribió un folleto reivindicativo en el que trataba de defender la memoria de su esposa de las duras acusaciones de las que había sido objeto en diversos periódicos y folletos publicados en los años de la guerra.*

PALABRAS CLAVE: Ana Rodríguez de Carasa. Gonzalo O’Farrill. Mujeres. Guerra de la Independencia. Afrancesados. Junta de Damas. Beneficencia.

La abundante historiografía sobre la Guerra de la Independencia no ha prestado gran atención hasta hace pocos años a las mujeres, salvo en el caso de unas pocas individualidades, las heroínas, cuyas actuaciones pasaron muy pronto a formar parte del imaginario colectivo sobre la contienda. El símbolo de la mujer «fuerte» con atributos casi varoniles que defendía su patria, su religión y a su rey frente a un enemigo, que representaba la carencia de los valores intrínsecos al carácter español, se ha repetido con insistencia a lo largo de los últimos doscientos años. Los ejemplos son numerosos y conocidos por todos: Agustina de Aragón o Manuela Malasaña, entre otras muchas, constituyen dos figuras representativas de esta utilización de los mitos.

No obstante, la conmemoración del bicentenario de la Guerra de la Independencia está sirviendo para rescatar, en parte, a las «olvidadas» por la historia. Algunas exposiciones, congresos y actos celebrados con motivo de la efeméride han mostrado, aunque de manera ligera, su protagonismo en el frente antinapoleónico durante los seis años que duró la resistencia contra los franceses, al tiempo que nuevas investigaciones tratan de superar la imagen acuñada por los historiadores decimonónicos. En este aspecto, se ha destacado que las actuaciones de las españolas fueron más variadas de lo que, en principio, podía parecer¹. La identificación de la presencia femenina en los años de 1808-1814 ha constatado que muchas de ellas aprovecharon las oportunidades que la contienda les ofreció para hacerse presentes en la esfera pública por todo el territorio peninsular y, también, ultramarino, entrando en aquellos espacios donde no se cuestionaba su presencia desde el siglo XVIII, que dotaron de un nuevo valor, contribuyendo al esfuerzo común en el que todos estaban involucrados.

A pesar de este esfuerzo investigador, sin embargo, hasta ahora no ha ocurrido lo mismo con aquéllas que se decantaron por el rey intruso. Las «afrancesadas» y colaboracionistas no han merecido mucha atención por parte de la historiografía debido, principalmente, a su doble condición de mujeres y de partidarias de José Bonaparte. Las «perdedoras» de la guerra han sido relegadas

¹ Quiero destacar un volumen colectivo, en proceso de publicación, que aborda la compleja y diversa conducta de las mujeres en la Guerra de la Independencia, mediante biografías individuales y colectivas: Irene CASTELLS OLIVÁN, Gloria ESPIGADO TOCINO y María Cruz ROMEO MATEO (coords.), *Heroínas y patriotas: mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2008 (en prensa).

a breves notas en las que han predominado los aspectos frívolos o escandalosos, que no dejan de ser una simplificación de la realidad. El papel de las mujeres en el fenómeno del afrancesamiento es prácticamente desconocido hasta el momento. Ante la necesaria convivencia durante los seis años de guerra en las zonas ocupadas, la represión posterior por comportamientos considerados de traición e, incluso, el exilio hacia Francia, los amplios estudios que existen sobre los afrancesados no llegan a atisbar, ni siquiera brevemente, la presencia femenina, aunque diversos datos apuntan en el sentido de que su manifestación no fue algo extraño o testimonial. Ante este vacío historiográfico, el presente trabajo pretende sacar del olvido a una de estas señoras, prácticamente desconocida, pero que gozó de cierta notoriedad en la España de entresiglos.

En 1814 el religioso Manuel Martínez publicó un folleto en el que se resumían las andanzas de los partidarios de José Bonaparte. Su título, *Los famosos traidores refugiados en Francia convencidos de sus crímenes*, no desmerecía el contenido². A lo largo de sus páginas, desfilaban, una tras otra, las más importantes personalidades afrancesadas, señaladas cruelmente por el apelativo que encabezaba el texto³. En esta colección de ministros, consejeros, prefectos, clérigos, literatos, etcétera, retratados sin ninguna benevolencia, también hubo palabras dedicadas a las mujeres, denominadas por el mercedario vallisoletano como las «víboras emponzoñadoras». Una perversa «traidora» ilustraba con su ejemplo a todas las de su sexo. Mediante una alusión indirecta a su persona, sin citarla por su nombre, el fraile fijaba certeramente el objetivo. De la misma manera que fue reconocida por su círculo más próximo, la mayoría de los lectores identificó a la víctima de la calumnia:

[...] y bien sabido es lo que sucedió en 1813 quando por razon de enfermedad se quedó en Valladolid una señora ministra, la pervertidora, segun dicen, de su marido. Su casa era el *rendez-vous* de todo el traidorismo de ambos sexôs: alli se hacian votos por la felicidad de Napoleón, y por el regreso de los exércitos franceses á la capital de España: alli... no mas. En cada muger de estas tendría la España una Elena, que la pondría en combustión⁴.

² Fray Manuel MARTÍNEZ, *Los famosos traidores refugiados en Francia convencidos de sus crímenes y justificación del Real Decreto de 30 de mayo por F.M.M.M.C.*, Madrid, Imprenta Real, 1814. Un año más tarde, publicó una continuación, en contestación a las defensas de algunos afrancesados que se habían sentido aludidos, con el título: *Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traydores refugiados en Francia: respuesta de Manuel Martínez, Mercenario Calzado, á la carta que desde Montpellier le escribió el Ilmo. Sr. Santander, obispo auxiliar de Zaragoza, y al apéndice á la representación de Francisco Amorós... dirige á S.M. el Rey D. Fernando VII*, Madrid, Imprenta Real, 1815.

³ Juan LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, págs. 149-150.

⁴ Fray Manuel MARTÍNEZ, *Los famosos traidores, op. cit.*, pág. 13.



Alfred Delorieux, Ana Carassa de O'Farrill. Litografía. Imprenta de Lasteyrie. París. 1820. Bibliothèque Nationale de France.

¿Quién era esta venenosa mujer, el símbolo de la traidora sin corazón, capaz de pervertir a cuantos le rodeaban, sin concesiones al arrepentimiento, tan cínica y despiadada que se regodeaba públicamente de los desastres que los franceses habían causado a sus compatriotas? Gracias al testimonio de la persona que mejor la conoció, su marido, quien se esforzó por la reivindicación de su memoria, nos es posible hacer su semblanza, muy alejada de la imagen que transmitió el fraile publicista.

I. La fiel compañera de Gonzalo O'Farrill

Me casé enamorado, y en los 28 años y 8 meses que ha durado nuestra unión, no he cesado de amarla como á mi único bien y mi mayor consuelo⁵.

⁵ Gonzalo O'FARRILL, *A don Pedro Miguel Sáenz de Santa María y Carassa. Carta de su padre político don Gonzalo O'Farrill, Sobre la vida y buenos exemplos de su Madre*, París, 1817, pág. 6.

En 1817 el general Gonzalo O’Farrill y Herrera, exministro de la Guerra de José I, desconsolado por el fallecimiento de su «Anita», publicó un folleto en París dedicado a su hijastro, Pedro Miguel, con el título *Carta de su padre político don Gonzalo O’Farrill, sobre la vida y buenos ejemplos de su madre*, en el que rendía un emotivo homenaje a su compañera de alegrías e infortunios⁶. Profundamente triste, con el propósito de «trasladar al papel» para dar un carácter permanente a sus recuerdos, confesaba:

[...] ya no vivo en este suelo de que he visto desaparecer todo lo que hacía esta felicidad mía; por mas que hago, la pena de haver perdido á la que era todo mi bien, no puede calmarse ni aun con la memoria de haver gozado de sus mas íntimos sentimientos⁷.

Ana Josefa Rodríguez de Carasa nació en Cádiz el día 1 de mayo de 1763, hija de Miguel Rodríguez de Carasa y Eduarda Prichardo⁸. En 1770 su padre era titular de una compañía aseguradora de buques de la carrera de Indias⁹. Con una posición económica desahogada, debió recibir una educación ciertamente completa para las mujeres de la época, en un ambiente lleno de paz y de felicidad, en el que pasó sus primeros años de vida¹⁰. Sus primeras compañeras de juegos fueron, sin duda, otras niñas de las élites gaditanas que, con el tiempo, se convertirían en mujeres destacadas: Rosario Cepeda y, su hermana, Francisca, María Lorenza de los Ríos y Loreto Figueroa, con las que coincidió en otros ambientes y épocas de su vida.

En el Cádiz de la segunda mitad del siglo XVIII, ciudad comerciante por excelencia, que se hallaba en un momento de plenitud, muchas mujeres se veían obligadas a tomar las riendas de los negocios familiares, ante las frecuentes ausencias de maridos y padres. En estos sectores mercantiles, existía cierta predisposición a favor de que las niñas recibieran una educación esmerada, necesaria para desenvolverse en el mundo de los negocios. Posiblemente, el estímulo de Rosario Cepeda, niña de una gran precocidad que a los doce años fue nombrada regidora honoraria, tras someterse a un examen público de conocimientos ante las personas más distinguidas de la ciudad, tuvo que pesar en los padres de Ana a la hora de

⁶ El folleto está fechado el 26 de julio de 1817.

⁷ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 1 y 2.

⁸ ARCHIVO CATEDRALICIO HISTÓRICO DE CÁDIZ (en adelante ACHC), *Libro de bautismos (1762-1764)*, núm. 63f, 84v. Agradezco a Frédérique Morand todas sus indicaciones sobre los archivos gaditanos.

⁹ ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, Consejos, legajo 20.222, exp. 2, «Autos hechos a instancia de los síndicos de los Acrehedores de Dⁿ. Nicolás de Motta y Dⁿ. Miguel Rodriguez Carasa, Asegurador de su Frag.^{ta} nom^{da}. San Juan Napomuzeno», 1770.

¹⁰ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 6.

decidir sobre su instrucción. A juicio del cabildo ése fue el propósito del acto realizado en 1768: «para que en ejemplo de tan conocidos talentos logre el fruto de la aplicación en otras jóvenes que ofrezcan, cuando no iguales, otros regulares motivos de complacencia, así para la ciudad como para su reino todo»¹¹. La propia Cepeda, erigida en portavoz de su sexo, lo había manifestado al dirigirse al público asistente, señalando «la conveniencia de extender el beneficio de la educación a todo el sexo femenino, atreviéndose a afirmar ser impropio de un ser racional como era la mujer su sola educación a las labores domésticas»¹². Para los ilustrados, la educación femenina constituía un asunto de interés público, sobre el que había que actuar si se quería regenerar la sociedad¹³.

Pasada la niñez, el 8 de septiembre de 1777, Ana se casó con Pedro Manuel Sáenz de Santa María, comerciante como su progenitor¹⁴. Poco después, ambos unieron sus intereses mercantiles como socios de la compañía «Carasa y Santa María, padre e hijo», dedicada al comercio con América¹⁵. En el siglo XVIII, con frecuencia, los círculos comerciales gaditanos practicaban la estrategia del parentesco como medio para el engrandecimiento de sus negocios y así ocurrió en su caso¹⁶. La dicha fue completa cuando nació el único hijo del matrimonio, Pedro Miguel, el 11 de octubre de 1781¹⁷. Más tarde, el 9 de marzo de 1787, murió su cónyuge¹⁸. Casi inmediatamente, entró en su vida el que iba a ser su gran amor, con el que compartiría una existencia muy distinta a la que imaginó

¹¹ ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE CÁDIZ, *Actas Capitulares de Cádiz (1768)*, f. 583. Citado por Isabel de AZCÁRATE RISTORI, *Una niña regidora honoraria*, Cádiz, Quorum Libros, 2000, pág. 33. Agradezco a las profesoras Gloria Espigado y María José de la Pascua la información que me han proporcionado sobre la educación de las niñas en el Cádiz del siglo XVIII.

¹² *Idem*, pág. 40.

¹³ Mónica BOLUFER PERUGA, *Mujeres e Ilustración: la construcción de la feminidad en la Ilustración española*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1998, pág. 135.

¹⁴ ACHC, *Libro de matrimonios (1776-1779)*, núm. 37, f. 82 y ARCHIVO DIOCESANO DE CÁDIZ (en adelante ADC), *Matrimonios Públicos P-Z (1777)*, núm. 208, partida núm. 65, «Expediente matrimonial de don Pedro Manuel Sáenz de Santa María y doña Ana Josefa Rodríguez de Carasa». El padre y el futuro marido eran ambos oriundos del pueblo de Viguera en La Rioja. Pedro Manuel Sáenz de Santa María había nacido el 8 de septiembre de 1743. Llegó a Cádiz con unos 12 o 13 años, a casa de su tío Pedro Sáenz de Santa María, dedicado al comercio. Había viajado a América tres veces, permaneciendo allí aproximadamente año y medio en cada ocasión. Un hermano suyo, Juan Antonio, también dedicado al comercio, se había establecido en Jalapa, en Nueva España.

¹⁵ La compañía se estableció el 1 de octubre de 1778 con un capital de 200.000 pesos y se liquidó tras el fallecimiento de Pedro Manuel Sáenz de Santa María, formándose una nueva, llamada Carasa, Bernal y compañía. ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE CÁDIZ (en adelante AHPC), Fondo Protocolos Notariales de Cádiz, Notario Francisco Rodríguez Villanueva (1789), Libro 921, «Testamentaría de Pedro Manuel Sáenz de Santa María», Liquidación y partición, ff. 1053v.-1054.

¹⁶ Paloma FERNÁNDEZ PÉREZ, *El rostro familiar de la metrópoli: redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Madrid, Siglo XXI, 1997, págs. 126-136.

¹⁷ ACHC, *Libro de bautismos (1781-1782)*, núm. 79, f. 66.

¹⁸ ACHC, *Libro de funerales (1784-1787)*, núm. 22, f. 209.

en los tranquilos días de su adolescencia, fuera de los agobiantes muros de la cosmopolita ciudad, que se le había quedado pequeña¹⁹. Una vida agitada, llena de amarguras, pero también repleta de alegría y felicidad, durante la cual conocería a las más altas personalidades de su tiempo. Pocas mujeres de la España de entonces podrían decir lo mismo.

Gonzalo O’Farrill y Herrera, militar al servicio de España, de una poderosa familia de origen irlandés asentada en Cuba, servía en Cádiz con el grado de teniente coronel en el regimiento de infantería de Toledo, cuando conoció a la joven viuda, que le causó una inmejorable impresión. Había nacido en La Habana el 22 de enero de 1754, y siendo un adolescente viajó a Europa para dedicarse al servicio de las armas. Inició sus estudios en Francia, en 1767, en el colegio militar de Sorèze y en 1771 ingresó como cadete en el ejército español, bajo la protección del conde O’Reilly, otro irlandés con intereses en la isla caribeña, al que consideró durante toda su vida como su segundo padre. En 1773 continuó su formación en la Academia Militar de Ávila, de la que fue profesor de matemáticas. Años después, hacia 1778, se encontraba en el Puerto de Santa María como director de la Escuela Militar de Cadetes. En 1780 volvió a Francia, viaje que aprovechó para visitar diversas escuelas de artillería del país vecino, así como las fortificaciones de Flandes y Champaña²⁰. A su regreso a España, participó en la campaña de Menorca a las órdenes del duque de Crillon en 1782 y en la de Gibraltar en 1783²¹.

Su sobrina nieta, Mercedes de Santa Cruz, condesa de Merlin, trazó una semblanza bastante espiritual y emotiva del general. Según ella, O’Farrill «era uno de esos tipos que el cielo envía a la tierra para consolarnos y advertirnos que todo no es decepción y mentira en este mundo, y que el bello ideal del hombre moral no es una quimera»²². Ella, que le conoció profundamente en los años de la Guerra de la Independencia y, posteriormente, durante su exilio parisiense, le describió como un hombre íntegro que se sobrepuso con entereza y resignación a los diversos avatares que sufrió durante su larga y agitada existencia:

[...] su carácter siempre igual y su dulce jovialidad lo acompañaron hasta el último día de su vida [...] Era piadoso, y sus sentimientos religiosos le dieron fortaleza para

¹⁹ Sobre la vida en la ciudad gaditana, *vid.* Ramón SOLÍS, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, págs. 75-80.

²⁰ Andrés MURIEL, *Notice sur don Gonzalo O’Farrill, Lieutenant-Général des Armées de S. M. le Roi d’Espagne; son ancien ministre de la Guerre, etc....*, París, Bure Frères, 1831, págs. 1-3.

²¹ *Idem*, págs. 4 y 5.

²² Condesa de MERLIN, *Memorias y recuerdos de la Señora Condesa de Merlin, publicados por ella misma*, t. I, La Habana, Imprenta de Antonio María Dávila, 1853, pág. 39.

vencer a la adversidad; pero su religion era toda caridad é inteligencia: siempre contaba con la flaqueza humana y jamás vituperaba las acciones de nadie²³.

En sentido parecido se manifestó el escritor Manuel José Quintana y otros que le trataron a lo largo de su vida, coincidiendo en destacar un carácter recto y sereno que, unido a su profesionalidad y a su prestigio militar, había adquirido un gran renombre en la España de entresiglos: «Gran militar, hábil político, hombre de bien, lleno de instrucción y de talentos, uniendo a los modales finos y urbanos las costumbres graves y austeras de un filósofo»²⁴.

Aproximadamente hacia los años de 1786 y 1787 O’Farrill volvió, por única vez, a su isla natal a visitar a sus padres, acontecimiento que quedó grabado en la memoria de sus familiares²⁵. Debió ser a la vuelta de este viaje cuando conoció en Cádiz a la que pronto se convertiría en su esposa. Completamente enamorado, según confesaba el futuro marido, de una mujer que «En su trato interior todo lo embellecía su caracter, la igualdad constante de su humor, una alegría siempre natural, una razon cultivada, y el don de comunicar sus idéas sin afectacion de ninguna especie», el 22 de marzo de 1788, Ana y Gonzalo celebraron su boda en la ciudad gaditana²⁶. Enseguida, la novia comprobó la dureza de su nueva vida, tan distinta de la que hasta entonces había conocido, pero a la que se adaptó con facilidad:

Una muger joven, bien parecida, acostumbrada á vivir con comodidades y aun con regalo, y en medio de los agasajos que grangéan las gracias de la persona y un trato fino, se asoció desde el dia en que unimos nuestra suerte, á todas las mutaciones de destino, à las incomodidades, y á vezes los riesgos que trae consigo la carrera militar²⁷.

Primero en Ceuta, donde permanecieron poco tiempo, destino bastante incómodo en aquella época, especialmente para las mujeres²⁸. Pocos meses más tarde, después de la muerte de Carlos III en diciembre de 1788, el regimiento de

²³ *Idem*, pág. 41.

²⁴ Manuel José QUINTANA, «Memoria sobre el Proceso y prisión de don Manuel José Quintana», María Esther MARTÍNEZ QUINTERO (ed.), *Quintana revolucionario*, Madrid, Narcea, 1972, pág. 51. Asimismo, Andrés Muriel comentó: «toutes les recherches qu’il faisait étaient dirigées par le patriotisme, sentiment noble, généreux, plein d’amour, qui ne vit de tendres sollicitudes et de sacrifices». MURIEL, *op. cit.*, pág. 22. No obstante, Antonio Capmany se dirigió a él como aquel «zorro militar». Antonio CAPMANY, *Manifiesto de don Antonio Capmany en respuesta a la contextacion de don Manuel Josef Quintana*, Cádiz, Imprenta Real, 1811, pág. 13.

²⁵ MERLIN, *op. cit.*, pág. 42.

²⁶ ADC, *Matrimonios públicos M-Q (1788)*, núm. 501, partida núm. 77, «Expediente matrimonial de don Gonzalo O’Farril y doña Ana Rodríguez de Carassa» y O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 6 y 14.

²⁷ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 7.

²⁸ *Idem*, pág. 8.

Toledo, en el que estaba destinado O’Farrill pasó a Madrid. La joven gaditana, encantadora y desenvuelta, se introdujo fácilmente en los círculos ilustrados de la capital y el 19 de marzo de 1790 fue admitida como socia de la Junta de Honor y Mérito, a la que también pertenecían sus amigas de la infancia²⁹. Muy breve les debió resultar este intervalo en la capital de España, pues pronto el militar, con el grado entonces de coronel, fue destinado al regimiento de Asturias, que se hallaba en Orán³⁰. Mientras tanto, Ana permaneció en Cartagena, a la espera de reunirse con su marido, que tuvo que ceder ante sus súplicas para viajar hasta la plaza africana. Allí, a pesar del peligro que corría por el ataque continuo de los enemigos y las dificultades propias de la vida en un lugar sitiado, la gaditana demostró su gran entereza y la fuerza de su carácter ante las adversidades:

[...] la serenidad de ánimo que conservó mi Anita en medio de unos riesgos que los mismos militares se exâgeraban, en su inalterable buen humor careciendo de toda especie de comodidades, aun de las necesarias para la salud [...] no hay que maravillarse de que desde esa época quantos la conocieron no cesaron de mirarla como una criatura privilegiada y dotada de las prendas que tanto se deséan en el trato íntimo y aun indiferente³¹.

Tras levantarse el sitio en 1792 regresaron a Madrid, donde el cubano; ascendido ya a brigadier, fue requerido como secretario de la Junta de generales para el arreglo de las ordenanzas³². Allí residieron todo ese año, alojados en la casa de los condes de Jaruco. En ese momento comenzó una profunda amistad con su sobrina la «condesita», Teresa Montalvo y O’Farrill, que se mantuvo durante largos años. Tampoco durante esta segunda estancia permanecieron mucho tiempo en la capital de España, pues entre 1793 y 1795, en plena guerra de la Convención contra los revolucionarios galos, O’Farrill se desplazó al norte de la Península, integrándose en el ejército de Navarra mandado por los generales Ventura Caro y el conde de Colomera, resultando herido en las acciones de Lecumberri y Tolosa³³. Posteriormente, sirvió a las órdenes del general

²⁹ Paula DEMERSON, «Catálogo de las Socias de Honor y Mérito de la Junta de Damas Matritense (1787-1811)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, VII, (1971), pág. 272.

³⁰ MURIEL, *op. cit.*, pág. 5. La plaza, situada en la costa argelina, pertenecía a España desde 1509, excepto en el período de 1708-1732 que pasó a formar parte del Imperio otomano. Recuperada la posesión, en 1790 estuvo constantemente sometida al ataque de los piratas berberiscos hasta que, finalmente, fue vendida por el rey Carlos IV en 1791 a los turcos.

³¹ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 11.

³² MURIEL, *op. cit.*, pág. 7.

³³ Miguel José de AZANZA y Gonzalo O’FARRILL, *Memoria de don Miguel José de Azanza y don Gonzalo O’Farrill: sobre los hechos que justifican su conducta política desde marzo de 1808 hasta abril de 1814*, París, P. N. Rougeron, 1815, pág. 290.

Urrutia en Cataluña, participando en la acción de Bañolas y Coll de Oriol³⁴. «Mi compañera me siguió á todas partes, prefiriendo las incomodidades anexas á semejantes situaciones à la inquietud que se vive quando se añaden á los males positivos los que se fragua la imaginacion y el cariño»³⁵. Mientras, Pedro Miguel, el hijo de Ana, completaba su educación en el Seminario Patriótico de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País³⁶. Una vez firmada la paz con Francia, el matrimonio regresó a Madrid. Entonces, Ana retomó sus antiguas amistades y se reincorporó a sus labores de beneficencia en la Junta de Damas, con las que se sentía altamente comprometida. En estos años, el cubano había obtenido el grado de teniente general y fue nombrado inspector general de Infantería y miembro del Consejo de la Guerra³⁷. Su nombre figuraba entre los más prestigiosos del Ejército español³⁸. Tras la Paz de Basilea, fue requerido como comisario general para la delimitación de los límites de la frontera entre España y Francia y, junto al general Tomás de Morla, inspeccionaron las fortificaciones fronterizas con el objeto de mejorar el sistema defensivo en la zona pirenaica³⁹.

En 1799, comenzó el periplo europeo de los O’Farrill, atribuido a sus malas relaciones con la corona. El general se embarcó en Galicia en la escuadra que debía unirse a la flota francesa en Brest, puerto en el que permaneció retenida por espacio de dos años⁴⁰. La propia Ana visitó a la reina para desvanecer los rumores de un destierro encubierto⁴¹. Los monarcas calmaron sus temores, asegurándole que se trataba de una misión secreta, pero que, una vez se hiciera pública, podría reunirse con él. La idea de que el cubano comandase las tropas españolas había partido del Directorio «por instancias de los emisarios irlandeses, creyendo que

³⁴ El historiador portugués Claudio Pereira de Chaby alude a la presencia de las esposas de los jefes militares españoles en la campaña del Rosellón en 1795 en un banquete organizado por el general al mando de las tropas portuguesas. «El mismo domingo [...] dió el general Forbes un espléndido banquete al que asistieron los generales del ejército aliado y el Obispo de Gerona, siendo abrillantada la conspicua reunión por las especialísimas gracias que de tal modo distinguen a las amables damas españolas allí representadas por las dignas esposas de los generales O’Farrill, La Cuesta e Iturriagaray». Citado en *Campaña en los Pirineos a finales del siglo XVIII. Guerra de España con la Revolución Francesa (1793-1795)*, t. III, vol. II, *Campaña de Cataluña (1794-1795)*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1954, págs. 133-134.

³⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 13.

³⁶ Entró en el seminario el 7 de diciembre de 1793. MARTÍNEZ RUIZ, Julián, *Filiación de los seminaristas del Real Seminario Patriótico Bascongado y de Nobles de Vergara*, San Sebastián, Real Sociedad Bascongada de Amigos del País-CSIC, 1972, pág. 63.

³⁷ Didier OZANAM, *Les diplomates espagnols du XVIII^e siècle*, Madrid-Burdeos, Casa de Velázquez, 1998, pág. 372.

³⁸ MURIEL, *op. cit.*, pág. 11.

³⁹ *Idem*, pág. 12.

⁴⁰ La escuadra partió de El Ferrol el 26 de abril de 1799 rumbo a Rochefort adonde llegó el 7 de mayo. Sobre el posterior secuestro de la flota española en Brest, *vid.* Andrés MURIEL, *Historia de Carlos IV*, Carlos SECO SERRANO (ed.), t. II, BAE, vol. CXV, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, págs. 156-168.

⁴¹ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 15.

el origen y nombre irlandés del general favorecerían el objeto de la empresa contra Irlanda», objetivo al que, en primera instancia, se destinaba a la expedición naval hispano-francesa⁴². Tras varios meses de espera, en mayo de 1799, Ana Carasa viajó hasta Rochefort, donde había desembarcado su marido con parte del contingente. Tras reunirse, se trasladaron a París. Su estancia en la capital francesa coincidió con la fulgurante ascensión de Napoleón, tras el «18 Brumario».

Posteriormente, en noviembre de 1799, se trasladaron a Berlín, a donde el cubano había sido destinado por su nombramiento como embajador de España en Prusia⁴³. Durante este tiempo, los O’Farrill trabaron amistad con las más altas personalidades prusianas. Ana poseía un encanto especial que despertó muy buena impresión en cuantos la conocieron y que se vio pronto recompensado con «la franqueza y el agasajo con que la trataron no solamente las personas de su trato mas íntimo, sino todas las de la Corte». Incluso se ganó la amistad y confianza de varios miembros de la familia real: el príncipe Enrique (tío del rey Federico Guillermo III) les invitó a su palacio en Rheinsberg y «La Reyna madre la combidaba para sus almuerzos aun en aquellos días en que solo reunía su familia»⁴⁴.

En julio de 1802 emprendieron viaje por diversas ciudades alemanas, que continuaron por Suiza e Italia hasta octubre de 1803 cuando regresaron a Berlín. Al año siguiente, en mayo de 1804, visitaron Holanda e Inglaterra. La declaración de guerra contra los ingleses precipitó la vuelta hacia España. En marzo de 1805 se encontraban otra vez en París, donde pudieron presenciar los actos en los que Napoleón se proclamaba rey de Italia y, tres meses más tarde, llegaron a Madrid. La vuelta a la capital conllevó un nuevo nombramiento para el cubano, que obtuvo los honores de Consejero de Estado⁴⁵. Esta vez, tampoco duró mucho su reposo, ya que O’Farrill recibió la orden de partir hacia Toscana. No obstante, Ana Carasa aprovechó este breve intervalo de tiempo para reunirse con su familia en Cádiz, días que coincidieron con la batalla de Trafalgar. La visita a su ciudad

⁴² MURIEL, *Historia de Carlos IV, op. cit.*, pág. 160.

⁴³ Godoy en sus memorias atribuye a José Antonio Caballero el alejamiento de O’Farrill de la inspección de infantería que ocupaba antes de su salida de España. Andrés Muriel, sin embargo, es más cauto en este sentido: «Cette nomination eut-elle lieu sur la demande du général lui-même? ou bien par suite d’une de ces intrigues si fréquentes dans les cours pour éloigner les hommes de mérite? ou enfin, le gouvernement espagnol sa proposa-t-il un but politique quelconque en envoyant dans cette cour du Nord un général distingué par son instruction et sa capacité? Nous l’ignorons; quoi qu’il en soit, c’était bien servir les goûts et les inclinations du général O’Farrill, si passionné pour tout ce qui avait rapport à sa profession, que de fixer son séjour dans la capitale d’une monarchie militaire, où tout parlait encore des hauts faits du grand Frédéric». Manuel GODOY, *Memorias*, Emilio LA PARRA LÓPEZ y Elisabel LARRIBA (eds.), Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2008, págs. 629-630 y MURIEL, *Notice sur D. Gonzalo O’Farrill, op. cit.*, pág. 19.

⁴⁴ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 17.

⁴⁵ OZANAM, *op. cit.*, pág. 372.

natal le llenó de alegría, pese al dolor que le causó la vista de los numerosos heridos del combate marítimo, entre los que se encontraban algunos amigos queridos. Una sensación agrídulce que no pudo ocultar a su esposo:

Se renovaron allí conocimientos antiguos, ví con sentimiento á los amigos heridos, y recorrí con placer las calles de la ciudad en que me crié, en que recibí mis primeras sensaciones, y en que me uní para siempre al hombre que hace mi felicidad tan completa... Otras memorias que han dexado impresiones en mi corazon se mezclaron á estos dulces sentimientos; pero, qué cosa hay que no participe de alguna amargura?⁴⁶.

Ya en Toscana se enteraron de la muerte del almirante Federico Gravina, a consecuencia de las heridas recibidas en Trafalgar —«víctima de la tropelía mas mal calculada»— que les causó una gran consternación⁴⁷. Amigo del matrimonio desde años antes, habían compartido con él la crisis diplomática con Francia por el secuestro de la flota española de Brest.

En febrero de 1806, habían llegado a Florencia, con el contingente de tropas que acompañaban a la duquesa de Parma, María Luisa, que estrenaba su corona de Etruria⁴⁸. Allí la estancia se les hizo muy agradable por la simpatía con la que fueron recibidos⁴⁹. No obstante, el período de tranquilidad iba a ser breve. A requerimiento de Napoleón, parte de las tropas españolas fueron enviadas hacia Alemania, al mando del marqués de la Romana, mientras O’Farrill permaneció con el resto del ejército para asegurar el trono de la infanta española «mucho más que de ingleses, de intrigas y pretextos del ambicioso emperador»⁵⁰.

A finales del año 1807, tras el tratado de Fontainebleau que cedía el reino de Etruria a Francia a cambio del norte de Portugal, emprendieron el viaje de regreso a España⁵¹. A su llegada a Madrid, en febrero de 1808 en el séquito de la exreina, ya las tropas napoleónicas habían comenzado a penetrar en España, todavía como aliadas, camino de Portugal. El panorama se presentaba bastante sombrío aunque el regreso a la patria les hizo olvidar, de momento, los malos presentimientos surgidos a raíz del efímero y malogrado reinado de la infanta

⁴⁶ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 23.

⁴⁷ *Idem*, pág. 24.

⁴⁸ Sobre este breve reinado, *vid.* María Luisa de BORBÓN, *Memoria histórica de S.M. la Reyna de Etruria escrita por ella misma en italiano; publícala en español Marcos Gándara*, Valladolid, Imprenta de Santander, 1815.

⁴⁹ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 25.

⁵⁰ GODOY, *op. cit.*, pág. 1.122.

⁵¹ Emilio LA PARRA LÓPEZ, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets Editores, 2005, págs. 365-366.

María Luisa, al que habían asistido como testigos directos⁵². Con todo, O’Farrill no pudo dejar de confesárselo a sus más íntimos allegados:

el porvenir de España lo tenía inquieto: acababa de atravesar por una parte de la Italia y de la Francia, y todo cuanto había visto y oído le hacía prever el triste destino que Napoleon preparaba á nuestro desdichado pais: sus proyectos no eran un misterio para nadie»⁵³.

II. De «ilustrada» a «jacobina»

[...] había ya principiado en Francia una revolucion, que queriendo dar á su gobierno una base mas segura en la perfeccion de los principios sociales, alteró la moral pública y privada, desquició el respeto que sostiene los tronos, y perturbó para largos años el equilibrio de las potencias de Europa⁵⁴.

Con estas palabras, O’Farrill resumía en su folleto el turbulento tiempo que le había tocado vivir. Testigo de excepción de los grandes cambios políticos del período, no podía dejar de sentir una cierta nostalgia por las esperanzas que tanto él como su esposa habían puesto en los sucesos revolucionarios franceses. Dichoso y afortunado por las cualidades de su compañera, admiraba que hubiera demostrado que era «una persona sensible, ilustrada y amante de las ocupaciones útiles»⁵⁵. Una mujer, cuyas ideas «respiran la liberalidad mas juiciosa e ilustrada, y el mas desinteresado patriotismo», con la que podía compartir sus más íntimos sentimientos sabiendo que le comprendía y respaldaba sus decisiones⁵⁶.

En una época en la que lo público y lo privado estaban íntimamente interconectados, sin que existiese todavía la radical separación que destinaría a las mujeres al espacio doméstico un siglo más tarde, ellas podían comportarse como buenas «ciudadanas», ejerciendo un papel de mediadoras en la sociedad y la cultura. Se les exigía cuidar la esfera familiar, para que desde allí irradiase la influencia hasta todo el conjunto de la sociedad, pero al mismo tiempo se les permitía participar en algunos ámbitos colaborando para la «felicidad pública». La importancia que los ilustrados dieron a la educación femenina y las consecuencias del discurso en torno a la igualdad de los sexos, favorecieron unas

⁵² O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 26.

⁵³ MERLIN, *op. cit.*, págs. 70-71.

⁵⁴ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 13.

⁵⁵ *Idem*, pág. 19.

⁵⁶ *Idem*, pág. 33.

prácticas sociales en las que las mujeres intervenían con voz propia, haciéndose presentes en espacios donde, poco a poco, dejó de cuestionarse su aparición; ya fuera como escritoras, animadoras de tertulias o mediante el asociacionismo filantrópico, mostraron una actitud firme de querer involucrarse en los asuntos públicos. Aunque constituyeran solo una minoría, las damas de las élites consiguieron abrirse paso, aprovechando la indefinición de los límites y asumiendo un papel ejemplarizante de la colectividad con el propósito de regenerarla⁵⁷.

Con una educación superior a las de las mujeres de su época, Ana Carasa siempre manifestó un entusiasmo por cultivar su intelecto, además de un interés, ciertamente infrecuente, por los acontecimientos políticos del momento. Un deseo de aprender, con el que llenaba sus ratos de ocio, dedicándose con afán a «seguir ilustrando su razon con buenos libros», dedicando muchas horas «á lecturas útiles de que participaba siempre su hijo Perico»⁵⁸. Libros que contribuirían a su formación, despertarían sus inquietudes intelectuales y completarían el bagaje adquirido durante su niñez. Su marido reflejaba con orgullo ese encanto que despertaba en la gaditana la lectura de materias que, en parte, se consideraban que estaban vedadas a las mujeres. La opinión mayoritaria dudaba de su capacidad para adquirir ciertos conocimientos, que respondía, en gran medida, a ciertos recelos misóginos, como certeramente había expresado Juan Sempere y Guarinos⁵⁹.

Imbuida por la cultura de la Ilustración, la oportunidad de conocer otros países y la suerte de poder observar directamente muchos de los sucesos políticos de su época, movida por su curiosidad intelectual, durante su estancia en París en 1799 comenzó a escribir un diario sobre «el gran teatro del mundo en lo que tocabamos ú observabamos de cerca»⁶⁰. Escritos, hoy perdidos, conocidos únicamente por las citas que O’Farrill insertó en el texto dedicado a su esposa. En sus apuntes, «resumen de sus delicadas y exâctas observaciones, hijas de su despejada razon», consignó, como correspondía a cualquier curioso viajero ilustrado: «Los establecimientos útiles» de Alemania, «las bellas artes» de Italia,

⁵⁷ BOLUFER, *op. cit.*, págs. 393-401.

⁵⁸ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 8 y 14.

⁵⁹ «Una preocupación injusta, e injuriosa, fomentada acaso por el temor, de que añadidas al atractivo de sus gracias naturales las luces del entendimiento, llegaran a quitar a los hombres el mando, y la superioridad, o a lo menos la redujeran a términos más limitados; no sólo niega generalmente la entrada a las mujeres en los cuerpos literarios y civiles, sino que aun duda de su aptitud, y capacidad para aprender las Ciencias, y las Artes, y para cuidar siquiera de la dirección, y fomento de muchos objetos, en que ellas mismas deben ocuparse. Esta preocupación no es de un pueblo, o de una nación sólo: todas piensan generalmente del mismo modo; de suerte, que se tiene por cierta especie de prodigio el ver reinar a una mujer, o el extender sus ideas más allá de la rueca, o de la aguja». Juan SEMPERE Y GUARINOS, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, t. V, Madrid, Imprenta Real, 1789, págs. 212-213.

⁶⁰ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 16.

«las singularidades que ofrece la naturaleza» en Suiza y «los usos y costumbres de tantos pueblos civilizados»⁶¹.

Al mismo tiempo, cumplió con su papel de esposa y madre, como se exigía a las mujeres de su generación. La gaditana cuidó su ámbito familiar e hizo dichoso a su entorno más próximo, pues, señalaba O’Farrill, con «el excelente corazón de mi Anita, no se necesita mas para la felicidad doméstica, la de todos los instantes de la vida, y la de quantas personas nos rodeaban»⁶². En el mismo sentido había declarado su primer esposo que reconoció «el mucho amor y voluntad que le tengo y buena compañía que me está haziendo»⁶³. Por otra parte, Ana Carasa no quiso renunciar a las ventajas que el ambiente permisivo en el que se movía ofrecía a las mujeres en la esfera pública. Su actividad en la Junta de Honor y Mérito, sus amistades y el placer de disfrutar de la sociabilidad ilustrada en tertulias y salones la distinguieron como una verdadera dama ilustrada⁶⁴. Sus compañeras y amigas de la Junta de Damas, le dieron la oportunidad de demostrar que su papel en la sociedad no consistía únicamente en brillar como buenas anfitrionas.

La Junta de Socias de Honor y Mérito de la Sociedad Económica de Madrid, cuyo principal instituto es establecer y radicar la buena educacion, mejorar las costumbres con su exemplo y sus luces, introducir el amor al trabajo y fomentar la industria casera, nombró á Anita por una de sus socias [...] La Sociedad Económica había experimentado que la moral de las mugeres es de mas accion, así como la de los hombres de mas teoría: que aquellas realizan facilmente lo que proyectan estos: que la mano de la muger se hizo para llegar al origen de un mal sin aumentarlo, y que su sensibilidad para discernir y que sabe contemplar hasta los caprichos de la enfermedad, es lo que ha dado lugar al proverbio, de que donde quiera que hay un ser que padece, sus suspiros claman por una muger para su consuelo⁶⁵.

Ana, en los cortos intervalos de reposo de la ajetreada vida militar de O’Farrill, se dedicó con tesón a las labores de beneficencia, a las que se había aficionado desde su juventud en su Cádiz natal, «asistiendo al Hospitalito de las

⁶¹ *Idem*, págs. 18-19.

⁶² *Idem*, pág. 14.

⁶³ AHPC, Fondo Protocolos Notariales de Cádiz, Notario Francisco Rodríguez Villanueva (1789), Libro 921, «Testamentaría de Pedro Manuel Sáenz de Santa María», Testamento de Pedro Manuel Sáenz de Santa María, Sevilla, 1 de junio de 1782, f. 917v.

⁶⁴ Para Paloma Fernández Quintanilla, las ilustradas «no se limitaron a leer a los enciclopedistas e ilustrados de la época, o a escribir libros o montar salones más o menos literarios, sino que desarrollaron fundamentalmente actividades de orden práctico, encaminadas a mejorar la sociedad española, precisamente en aquellos estamentos más necesitados de mejora». Paloma FERNÁNDEZ QUINTANILLA, *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1981, pág. 135.

⁶⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 9-10.

mujeres de Cadiz, establecimiento en que parece que el lujo de las personas pudientes ha tratado de reconciliarse con la pobre y afligida humanidad»⁶⁶. Tras su ingreso en la institución femenina, no se conformó con que su nombre figurase entre este selecto grupo de aristócratas y damas de las élites y desarrolló con responsabilidad todos aquellos cometidos que le encomendaron. Incluso se ganó su confianza para desempeñar algún puesto directivo. En 1797 ayudó como segunda secretaria a la condesa de Montijo y, también, fue curadora del Montepío de Hilazas⁶⁷. No obstante, durante los años de la Guerra de la Independencia, su presencia adquirió una dimensión excepcional, desempeñando los puestos de censora y curadora de la Inclusa.

Su paso por la Junta de Damas le proporcionó excelentes relaciones con damas de las élites madrileñas. Con Josefa Alfonso Pimentel (condesa-duquesa de Benavente y duquesa de Osuna), presidenta de la Junta de Damas entre 1802 y 1808, la relación debió ser estrecha, pues a ambas les unían intereses comunes. El duque había participado en la campaña militar de la Guerra de la Convención a las órdenes del general Urrutia, como el cubano. Asimismo estos aristócratas, cuya casa constituía una de las más poderosas de España, se encontraron con el matrimonio O’Farrill, durante su estancia en París en 1799, cuando los primeros quedaron retenidos en la capital francesa, debido a los problemas surgidos para que Pedro Téllez-Girón tomase posesión de la embajada española en Austria, para la que había sido nombrado⁶⁸. Posteriormente, en torno a 1805, durante el corto intervalo de tiempo que el militar cubano y su esposa permanecieron en España, Ana Carasa asistió, junto a las hijas de la condesa de Jaruco, a alguna que aquellas suntuosas celebraciones que la condesa-duquesa acostumbraba a celebrar en su palacio de la Alameda de Osuna⁶⁹.

Con otras mujeres, compañeras de la institución femenina, al mismo tiempo que compartía su interés por lo literario e intelectual, como Rosario Cepeda y Lorenza de los Ríos (marquesa de Fuerte-Híjar), Ana Carasa cultivó su antigua amistad que se remontaba a su Cádiz natal. Todas ellas y otras muchas damas, pertenecientes a lo más selecto de las élites madrileñas, demostraron con su tesón

⁶⁶ *Idem*, pág. 9.

⁶⁷ FRANCISCO AGUILAR PIÑAL, Paula y Jorge DEMERSON, *Las Sociedades Económicas en el siglo XVIII. Guía del Investigador*, San Sebastián, CSIC, 1974, pág. 147.

⁶⁸ En 1799 el gobierno austríaco se preparaba para una guerra contra el Directorio y estaba a punto de retirar a su embajador en Madrid, por lo que se negaba a admitir un nuevo embajador español. El gobierno francés, por su parte, desconfiaba de la estancia de los Osuna en París por los rumores sobre la actitud anglófila de Pedro Téllez-Girón. A finales de 1799, después de un año en la capital gala, obtuvieron el permiso del rey para regresar a España. Sobre la estancia de los duques de Osuna en París, *vid.* condesa de YEBES, *La condesa-duquesa de Benavente. Una vida en unas cartas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, págs. 152-188.

⁶⁹ MERLIN, *op. cit.*, págs. 98-99.

verdaderamente encomiable, que las mujeres podían desempeñar un papel en la sociedad, haciéndose cargo de las instituciones de educación y beneficencia que tenían encomendadas. En la tarea del reformismo, también ellas se sentían implicadas y querían contribuir con su esfuerzo al progreso del país⁷⁰.

Pero, aparte de sus compañeras de la Junta, la persona con quien Ana se sintió más estrechamente unida fue Teresa Montalvo y O’Farrill (condesa de Jaruco), sobrina del general, que se convirtió en su más entrañable confidente. La amistad, el parentesco y el trato continuado por vivir en la misma casa, tejieron una afinidad que duró hasta el fallecimiento de ésta en Madrid el 17 de abril de 1812.

[...] sus corazones reconociéndose no podían dexar de quererse: despues, ni la separacion ni la diversidad de intereses y de situaciones, ni el diferente aspecto con que se miran las cosas del mundo, pudo entibiar esta amistad: los sucesos posteriores, una desgracia comun y los nuevos vínculos de familia que se añadieron, aumentaron este cariño, al punto que perdimos mucha parte de nuestra felicidad el dia en que la muerte nos arrebató tan buena y sin igual amiga⁷¹.

Teresa había nacido en La Habana el 22 de septiembre de 1771. En 1786 se casó con Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas (conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mompo), que murió en La Habana en 1807. Mujer de gran belleza, «Madame de Xaruja», según Lady Holland que, en su *Spanish Journal*, insertó las siguientes palabras⁷²: «Very beautiful, but too large. Extremely voluptuous, and entirely devoted to the passion of love. She was in England some years ago. Her husband is at Veracruz». La descripción se extendía a su hija mayor, Mercedes, la futura condesa de Merlin. «Her eldest daughter is the most magnificent glowing beauty I ever beheld; the offspring of the Sun»⁷³. La propia Mercedes, confirmando la opinión de la inglesa, hablaba así de su madre hacia 1802, al contemplarla por primera vez, después de muchos años separadas:

¡Dios mio! Que hermosa me pareció! ¿Quien hubiera podido mirarla por primera vez sin conmoveerse? ¿Quien podia tratarla sin dedicarle un culto? Su porte

⁷⁰ Sobre la Junta de Damas madrileña, *vid.* Paula DEMERSON, *María Francisca de Sales Portocarrero (Condesa del Montijo). Una figura de la Ilustración*, Madrid, Editora Nacional, 1975 y FERNÁNDEZ QUINTANILLA, *op. cit.*

⁷¹ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 12.

⁷² Sobre el diario español de Lady Holland, *vid.* Antonio Juan CALVO MATURANA, «Elisabeth Holland: portavoz de los silenciados y cómplice de un tópico», *Cuadernos de Historia Moderna*, 29, 2004, págs. 65-90.

⁷³ Lady HOLLAND, *The Spanish Journal of Elisabeth, Lady Holland*, New York, Longmans, Green and Co., 1910, pág. 199.

magestuoso, sus facciones perfectas, su pelo y sus hermosos ojos negros, dibujándose con gracia sobre una tez de alabastro! El pecho, los brazos y las manos admirables; y, lo que es superior á todas estas perfecciones, la espresion tranquila y seductora de su fisonomía; aquella mezcla de arrogancia y amabilidad, que daba testimonio á la vez de la elevación y de sensibilidad de su alma⁷⁴.

No en vano, Ana Carasa cultivó con empeño la sociabilidad ilustrada. En las incomodidades del sitio de Orán, la humilde barraca de tablas, que ocupaba en los cortos espacios en que el fuego enemigo cesaba, fue «punto de reunion» de la oficialidad que servía en semejante destino, uno de los escasos pasatiempos que una mujer podía encontrar en una fortaleza militar asediada⁷⁵. Asimismo, durante sus breves estancias en Madrid practicó el «trato de algunos pocos amigos de conocidos talentos, y sin otra ambicion que la de instruirse mas»⁷⁶. Sin embargo, las relaciones de los O’Farrill no se reducían a ese pequeño grupo reunido privadamente, casi huyendo de cualquier renombre, como parece desprenderse de las palabras de su marido. Su amistad con influyentes miembros de la aristocracia prusiana y con importantes personajes de la política europea de principios del siglo XIX les abrió las puertas a los círculos más selectos. En Berlín, por ejemplo, la casa del embajador español fue frecuentada por personas distinguidas, atraídas por la amabilidad de su esposa⁷⁷. Asimismo, durante su viaje por Holanda e Inglaterra, el cubano se refería con orgullo al carácter desenvuelto de su cónyuge, que le acompañaba siempre en sus encuentros con las más altas personalidades:

[...] la ventaja de pertenecer al cuerpo diplomático, y la casualidad de haver estado en contacto, durante nuestra estada en Prusia, con los Ministros que despues han figurado tanto en las ocurrencias y transacciones políticas que se han seguido, nos proporcionó un acceso fácil é instructivo á las cosas y á los hombres de mayor mérito ó de mas nombre. En este punto, como en toda las satisfacciones y ventajas que procura el trato de las personas estimables, la compañía de mi Anita ha sido siempre el vínculo mas agradable⁷⁸.

⁷⁴ Condesa de MERLIN, *Mis doce primeros años*, Filadelfia, 1838, págs. 189-190.

⁷⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 11.

⁷⁶ *Idem*, pág. 15.

⁷⁷ «Au reste, la maison du général O’Farrill était, à Berlin, le rendez-vous de la bonne compagnie, attirée par l’amenité de ses moeurs, ainsi que par les grâces et l’amabilité de sa digne compagne. Tout ce que la capitale renfermait de personnes distinguées venait y goûter le plaisir d’une conversation instructive et d’un commerce agréable: on s’y rappelle encore l’estime et l’intérêt dont le roi et la reine de Prusse, ainsi que les princes et les princesses de la famille royale, honoraient le général O’Farrill». MURIEL, *Notice sur D. Gonzalo O’Farrill*, *op. cit.*, pág. 20.

⁷⁸ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 20.

Durante su estancia en Toscana se las arreglaron para componer una «sociedad privada y diaria de unos pocos y escogidos amigos, y entre ellos algunos que teniendo opiniones propias (sic) y bien meditadas, jamás las han prostituido á la adulacion ni aun sacrificado en puntos esenciales á la amistad»⁷⁹. Allí coincidieron con algunos intelectuales italianos de la época. Igualmente, en España, se relacionaron con numerosos escritores. Mercedes de Santa Cruz, comentaba que su madre, la condesa de Jaruco, «hallaba un atractivo particular en los hombres de letras y los llamaba á su casa: tenía placer en oír sus disensiones y aun de tomar parte en ellas»⁸⁰. Los O’Farrill vivieron con frecuencia en dicha residencia, donde «las dos tertulias no formaban mas que una»⁸¹. El salón de la condesa:

[...] era el centro de todo lo mas distinguido de Madrid. Pocas mugeres; pero bien escogidas; les mostraba su amistad y nunca hablaba mal de ellas, mas no tenia intimidad con ninguna; así fue siempre querida, y jamas tuvo queja de ellas. La reunión de hombres era mas numerosa. Allí se veían los literatos mas célebres de la época, y la mayor parte de los hombres que ocupaban entónces puestos elevados, y han hecho despues los primeros papeles en el gobierno. Mi madre tenia mesa franca para sus amigos; así se proporcionaba el gusto de una tertulia numerosa, el hechizo de la confianza, y muchas veces en aquellas meriendas tan animadas, se han cogido las primicias de los mas hermosos versos de Arriaza, de Quintana, de Maury ó de Melendez⁸².

En justa reciprocidad, todos debieron frecuentar la célebre tertulia de Manuel José Quintana durante sus breves descansos en Madrid a principios del siglo XIX. En 1805, coincidiendo con la estancia del matrimonio en la capital gala, el escritor Mor de Fuentes escribió a su amigo Quintana sobre la lectura de su tragedia *Pelayo* en la residencia parisiense de los O’Farrill a sus contertulios habituales, obra que entusiasmó a «Anita», que «no escatima los elogios»⁸³. La alusión del escritor aragonés es lo suficientemente explícita como deducir cierta familiaridad entre ellos. El propio Quintana en su *Memoria* sobre su proceso y prisión en 1814 aludió a su amistad antigua con el general que finalizó en 1808 cuando se despidieron para siempre al abrazar cada uno bandos enfrentados.

⁷⁹ *Idem*, pág. 25.

⁸⁰ MERLIN, *Memorias*, *op. cit.*, pág. 22.

⁸¹ *Idem*, pág. 74.

⁸² MERLIN, *Mis doce primeros años*, *op. cit.*, págs. 199-200.

⁸³ Albert DÉROZIER, *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Ediciones Turner, 1978, pág. 128.

«Diez años hacía que yo trataba a este hombre, y que estaba recibiendo de él un aprecio y unas atenciones que en extremo me lisonjeaban»⁸⁴.

Sin embargo, Ana Carasa no siempre despertó esas agradables sensaciones en todos aquéllos que la conocieron personalmente a lo largo de su vida. En Toscana, un inglés que tuvo ocasión de tratarla, hizo una semblanza menos halagadora sobre su figura, muy obesa, y su carácter, describiéndola como una persona entrometida, charlatana y un tanto descarada, que interrumpía la conversación incluso cuando su marido hablaba con la reina de Etruria. Aunque la infanta María Luisa no tenía en cuenta estas muestras de desconsideración hacia el protocolo real ya que, con toda probabilidad, apreciaba a los únicos compatriotas con los que pudo sincerarse durante su desdichado y breve reinado⁸⁵.

La presencia de los O’Farrill en ciertos círculos influyentes, en los que no sólo confluía un sano deseo de divertirse, fue notoria en la España de entresiglos, con alusiones lo suficientemente importantes como para dudar del desinterés por las «cosas del mundo», al que aludía el general, con frecuencia, en su escrito reivindicatorio. Aquéllos que les conocieron, al hablar del militar, mencionaron la dominante presencia de su esposa siempre a su lado. Los primeros testimonios se remontan a su estancia en París en 1799, durante el ministerio de Mariano Luis de Urquijo, cuando el matrimonio coincidió con otras importantes personalidades que también se decantaron por Napoleón en 1808. La coincidencia en la capital gala de Martínez de Hervás (marqués de Almenara), Mazarredo, O’Farrill y Marchena, entre otros, es posible que determinara, ya entonces, intrincadas lealtades que, durante la invasión napoleónica, les empujaron inexorablemente a todos ellos hacia el bando bonapartista.

De la misma manera, como sagazmente percibieron sus contemporáneos, su admiración hacia los sucesos del país vecino no ofreció dudas sobre su ideología política. Ana Carasa expresó sus convicciones más íntimas, declarando explícitamente sus principios ideológicos a favor de la Revolución Francesa. Creía en la necesidad de que se produjera en España un cambio político, similar al proceso que se estaba acometiendo en el país vecino desde 1789. Opinión que compartía con su esposo y que determinó, al ser notoria en su tiempo, en buena

⁸⁴ QUINTANA, *op. cit.*, pág. 51.

⁸⁵ «To her great joy the Queen of Etruria at last got the French troops recalled and replaced by Spaniards. These were commanded by General Don Gonzalez O’Farrill, and with him came his wife, Donna Anna Carasa a very fat, very chattering person, who could not even remain silent whilst the Queen was speaking to her husband, but would keep interrupting the conversation, frequently causing the General to exclaim: “Be quiet! be quiet! you shall talk afterwards!” The Queen, however, did not mind this; she was delighted to see any one from Spain and never tired of asking and hearing about everything that went on at Madrid». Catherine Mary Charlton BEARNE, *A Royal Quartette*, Londres, T. F. Unwin, 1908, pág. 354.

parte, el alejamiento de ambos de la Corte española durante muchos años. Así lo expresaba de manera rotunda:

Yo confieso [...] que fuí una de las personas mas entusiasmadas por la [revolución] que empezó en Francia en 1789. Me figuré que reunidos en la asamblea constituyente y despues en la legislativa los hombres mas ilustrados de Francia y aun de Europa, ayudados de las luces esparcidas por los escritores del siglo XVIII, iban á conducir á los hombres á la mayor felicidad. Mi intención era bien sana, y mis deséos completamente desinteresados: yo llegué á esperar que establecido ya en Francia un gobierno fundado sobre las bases de la libertad y de la igualdad de derechos, las demás naciones seguirían el mismo exemplo, y que la especie humana iba á acercarse á su perfeccion⁸⁶.

El proceso revolucionario galo había fascinado a los ilustrados españoles más avanzados, que confiaban que la existencia de «un gobierno justo y tolerante, en que al abrigo del capricho y de la intriga, se respira con libertad y seguridad» podría encauzar y acelerar el reformismo que, a las alturas de finales del siglo XVIII, se mostraba insuficiente⁸⁷. Un cambio a un sistema político que dotara de derechos a los individuos, pues la vía prudente y paulatina del «despotismo ilustrado» parecía agotada⁸⁸. El afrancesamiento de estos elementos liberalizantes o preliberales españoles, entre los que se encontraba el matrimonio O’Farrill, trascendía el entusiasmo cultural por el país vecino, ya que estaba basado en una convicción ideológica en un sistema político parlamentario basado en la soberanía popular, con división de poderes y derechos individuales, que terminara con la decadente sociedad estamental, ya en crisis, basada en los privilegios de unos pocos⁸⁹. Sin embargo, este convencimiento se disipó con el «terror revolucionario». El descontrol y radicalismo de la revolución defraudó a muchos entusiastas que observaron cómo el proceso francés no marchaba por los cauces que habían previsto. La creencia en un sistema político en el que imperase la libertad y la igualdad que Ana Carasa había imaginado posible en Francia y quizá, también,

⁸⁶ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 36.

⁸⁷ *Idem*, pág. 18.

⁸⁸ Manuel José Quintana había escrito sobre la Revolución Francesa palabras entusiasmadas, comparables a las expresadas por Ana Carasa: «Cuando veinte años ha se oyó resonar la voz de la libertad en las márgenes del Sena, el corazón de los buenos palpitaba de gozo escuchando aquellos ecos bienhechores. ¿Cómo era posible negarse al sentimiento delicioso que inspiraba la bandera del bien desplegada en el aire y haciendo huir delante de sí los vicios, los abusos, los errores de la humanidad degradada?». Citado por DÉROZIER, *op. cit.*, pág. 365.

⁸⁹ María Esther MARTÍNEZ QUINTERO: *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz*, Madrid, Ediciones Narcea, 1977, págs. 99-100.

en España, no se correspondía con la realidad de lo que había ocurrido más allá de los Pirineos. Según sus propias palabras, se sentía desencantada:

Pero estas bellas esperanzas se disiparon como un sueño: los hombres mejor intencionados de la Francia fueron víctimas de esta revolución: les sucedieron hombres feroces y sanguinarios que creyeron que el terror establecería la libertad; pero los medios crueles de que usaron llegaron á colmar la medida del sufrimiento⁹⁰.

Asimismo, su decepción hacia Napoleón se manifestó rápidamente, después de ser testigo presencial de su ascenso al poder. Tampoco era eso lo que había soñado como final para la Revolución Francesa; la descomunal autoridad de Bonaparte supuso una desilusión adicional a las esperanzas que, en principio, podían derivarse de la aparición de un hombre capaz de reconducir el proceso político, en el que se habían fijado todos los interesados por el devenir revolucionario. Frente al entusiasmo y admiración que muchos españoles sentían por Napoleón, Ana Carasa se mostraba más escéptica sobre el «conquistador» de Europa, cuyo rastro de desolación y muerte le salió continuamente al encuentro en muchos de los países que recorrió entre 1799 y 1808⁹¹:

¡Quánto bien hubiera podido hacer á la Francia y á toda Europa, aprovechándose de las luces del siglo y de las lecciones de la experiencia! Su ambicion y su profundo desprecio de los hombres lo condujeron por sendas opuestas á las que guia la sana razon y el amor á la humanidad: así vemos con harto dolor los tristes resultados de su fatal sistema⁹².

La suerte de ser testigo directo de su ascenso al poder, que determinaría los destinos del viejo continente durante quince años, provocó el recelo de la gaditana que, tras el «18 Brumario», apuntaba en su diario: «Viva Bonaparte, viva la República, decían los miembros de este consejo [de los Quinientos], siendo así que acababan de anular su pretendida república»⁹³. Desde el principio, la esposa de O’Farrill no sintió ningún tipo de atracción por la política de Napoleón. Sus

⁹⁰ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 36.

⁹¹ En cambio, en España, en esos años, Napoleón gozaba de buena opinión, constatable en poemas llenos de entusiasmo como la oda a «Las campañas de Buonaparte en Italia» de María Rosa Gálvez y la de Nicasio Álvarez de Cienfuegos, «En elogio del general Buonaparte, con motivo de haber respetado la patria de Virgilio», *vid.* María Rosa GÁLVEZ DE CABRERA, *Obras poéticas*, t. I, Madrid, Imprenta Real, 1804, <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=2940>> y Nicasio ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, *Poesías*, Madrid, Imprenta Sancha, 1821, <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=905>>.

⁹² O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 37.

⁹³ *Idem*, pág. 16.

sospechas sobre su desmedida ambición, se confirmaron, una tras otra, en sus actuaciones. Al anotar su llegada a Florencia, en 1806, en el séquito de la reina de Etruria, no pudo evitar la comparación con quien, en esos momentos, regía los destinos de media Europa:

Fué recibida [la infanta María Luisa] con júbilo tan general y con tal aplauso, que no ha podido obtenerlo nunca igual el héroe de Marengo y de Austerlitz; lo que prueba que la bondad y sanidad de intenciones hacen mas impresion en el ánimo de los pueblos que esas decantadas grandes qualidades tan funestas casi siempre á la especie humana⁹⁴.

Paradójicamente, en 1808, Ana Carasa se decidió por la causa de José Bonaparte, ante el rumbo que tomaron los acontecimientos, convencida de que tanto la resistencia contra Napoleón como el inicio de un proceso revolucionario en España, a imagen del francés, eran imposibles.

Por otra parte, fue José Nicolás de Azara el que sugirió un posible «coqueteo» con el jacobinismo de la gaditana⁹⁵. Lady Holland, en su *Spanish Journal*, escrito durante su visita a España en 1803, atribuyó el alejamiento de la Corte del matrimonio a esta causa. La inglesa describía a O’Farrill de manera elogiosa, destacando su valor y profesionalidad, sin olvidar su actitud crítica con el gobierno: «O’Farrill has the advantage of undaunted courage, and is thought by some the best officer in the Spanish service. He is supposed by those discontented with the present Government to be friendly to their views». No obstante, añadía que su mujer le había perjudicado por su indiscreción y sus violentas opiniones a favor del jacobinismo, al tiempo que se remitía a la carta del diplomático aragonés dirigida al Príncipe de la Paz⁹⁶. La «célebre» epístola de Azara, fechada en septiembre de 1799, asimismo, señalaba:

[...] el principal confidente [de Mariano José de Urquijo en París] es el Consul Gen^l. Lugo [...] En casa de este Lugo se hace publicam^{te}. un Club compuesto de los mas encarnizados terroristas, enemigos de toda Monarquía. Concurren a el los Franceses mas señalados p^r. su espíritu revolucionario, y los Españoles mas fanaticos contra

⁹⁴ *Idem*, pág. 24.

⁹⁵ *Vid.* José Nicolás de AZARA, *Epistolario (1784-1804)*, María Dolores GIMENO PUYOL (ed.), Madrid, Castalia, 2009 (en prensa) y *Memorias del ilustrado aragonés José Nicolás de Azara*, Gabriel SÁNCHEZ ESPINOSA (ed.), Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2000.

⁹⁶ «His wife has hurt him by her indiscretion and violent speeches in favor of Jacobinism (his house and society is mentioned by Azara in his famous letter to the Prince of Peace in 1800). He is out of favor at present, and employed at Berlin». HOLLAND, *op. cit.*, pág. 159.

el Rey, q^e. los paga, y los mantiene, como los Gimbernats y otros. El gen^l. Ofarrill, con su muger, desatinada Antirrealista, han concurrido a este Club; por tres veces el Ministro de la Policia me habló p^a. q^e. remediase este escandalo, eso le pedi, q^e. me hablase por escrito, lo q^e. no quiso hacer. Pocos dias antes de mi partida se leio en dho Club una Carta de mano del mismo Urquijo, en q^e. aseguraba Lugo q^e. las cosas iban bien, y q^e. se habian tomado medidas p^a. q^e. fuesen empleados los buenos, y excluidos los Azaras, Tayleyrands, y otros de su especie. En suma, Lugo, Jacobino profeso, es el verdadero Embajador del Rey en Paris, y el q^e. tiene la Correspond^a. confidencial con Urquijo con cifra Ministerial p^a. ello, haviendose mandado al Duque de Osuna, q^e. le entregase la q^e. llevaba p^a. su Embajada de Viena. Seria nunca acabar el querer describir la situación y el caracter de los Españoles enemigos del Rey, q^e. mantiene y honrra en París S. M.⁹⁷.

Esta misiva, que tanto éxito ha tenido en la historiografía posterior, repetida hasta la saciedad, en la que las acusaciones se reparten entre diferentes personajes, debió circular ampliamente por los mentideros madrileños⁹⁸. El exembajador, visiblemente enojado por su reciente cese, se refirió a la existencia de este club en el que «se juntaba la flor del Jacobinismo español y Francés» en París en torno a los años de 1799-1800 en casa del cónsul español, José de Lugo, su enemigo personal, frecuentado, entre otros, por José Marchena y Gonzalo O’Farrill, y cuya existencia le sirvió para acusar a Mariano José de Urquijo, entonces secretario de Estado, también de jacobinismo⁹⁹. Todo esto mezclado con la tirantez diplomática con Francia por el problema de la retención de la flota española en Brest, el conflicto franco-portugués que desembocaría en la Guerra de las Naranjas en 1801 y la presión de Napoleón para conseguir la destitución del primer ministro español, que no se plegaba a sus intrigas y que, finalmente, fue exonerado el 13 de diciembre de 1800¹⁰⁰. La citada reunión, seguramente fue mucho más inocente de lo que Azara daba a entender, aunque en ella se hablase de la actualidad política y

⁹⁷ BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID, mss. 18639/59, José Nicolás de AZARA, «Carta al Príncipe de la Paz sobre política exterior», Barcelona, 26 de noviembre de 1799, f. 2v.

⁹⁸ La carta dirigida al Príncipe de la Paz fue escrita por Azara a los pocos días de llegar a Barcelona, tras ser destituido como embajador. Había abandonado París a finales de octubre de 1799 apenas unos días antes del golpe de «18 Brumario» que acabó con el Directorio. En la correspondencia de Azara a Lord Holland, fechada en Barcelona en 16 de noviembre de 1799, se hacen las mismas alusiones a Urquijo, Lugo, Marchena y O’Farrill, que aparecen en la dirigida a Godoy. Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland (1793-1840)*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, págs. 83-85 y Gabriel SÁNCHEZ ESPINOSA, «Las Memorias de José Nicolás de Azara», AZARA, *Memorias, op. cit.*, págs. 157-159.

⁹⁹ AZARA, «Carta», *op. cit.*, f. 3. Sobre José de Lugo, *vid.* Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ y Jesús PRADELLS NADAL, «José de Lugo y Molina: Cónsul y agente general de España», *Espacio, tiempo y forma, IV, Historia Moderna*, 4, (1989), págs. 273-312.

¹⁰⁰ Sobre la destitución de Urquijo, *vid.* LA PARRA, *op. cit.*, págs. 230-232.

a ella concurriesen algunos españoles residentes en París, relacionados con los revolucionarios franceses. Es necesario insistir en que no es posible vincular tan fácilmente a los asistentes a esa tertulia con los jacobinos franceses, ni tampoco que alguno de ellos manifestara unas ideas revolucionarias exaltadas, cercanas al republicanismo, salvo en el caso de José Marchena, cuya trayectoria ideológica y política es bien conocida¹⁰¹. La acusación, sin embargo, debió dar sus frutos, pues impregnó a todos los mencionados de un cierto tinte «revolucionario» que estuvo detrás de su caída en desgracia, como ocurrió en el caso de Urquijo, o el alejamiento de la Corte española, en el caso del general, destinado a Prusia¹⁰². Años más tarde, en 1805, cuando los O’Farrill hicieron escala en la capital gala, camino de España, tras su estancia en el territorio alemán, sin duda, retomaron sus viejas amistades, abriendo una tertulia a sus conocidos, como se desprende del comentario de José Mor de Fuentes, ya aludido.

III. La «Señora Ministra» de la Guerra

O’Farril. General de oficina, impuesto á fondo en el mecanismo material de la milicia; pero aquel ardor de imaginacion, aquella gallardía de espíritu, aquella inquietud y aquel empuje que constituyen á un guerrero eminente, á un caudillo voraz, por decirlo así, de gloria, y triunfador por naturaleza, eran prendas totalmente ajenas de un carácter avasallado por su doctora consorte, de quien es y será un *miserable dominguillo*¹⁰³.

El 8 de octubre de 1813, el periódico *El Duende de los Cafés* publicaba un catálogo de los más célebres afrancesados¹⁰⁴. Bajo el epígrafe «Apóstatas en gefe» figuraba, encabezando la lista, el general O’Farrill, en cuya semblanza

¹⁰¹ Sobre la trayectoria política e intelectual de José Marchena, *vid.* Juan Francisco FUENTES ARAGONÉS, *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica, 1989.

¹⁰² José García de León y Pizarro en sus *Memorias* también comenta la intriga de Azara que acabó con la exoneración de Urquijo: «forjó una carta que encerraba una acusación sangrienta contra Urquijo. En ella, en un estilo incorrecto, bajo y pesado, se alteraba la verdad de los más de los hechos y se pintaba a Urquijo como intrigante, vendido a los extranjeros, fautor de jacobinos y de haber perdido nuestras relaciones exteriores. Esta carta era capaz, por su objeto, por su contenido y por su material redacción desaliñada y ridícula [...] Con esta producción original y clásica del señor Azara se labró el ánimo del rey (ganada ya la reina anteriormente); se circuló en la Corte para que llegara al rey la difamación por diferentes conductos». José GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, *Memorias*, Álvaro ALONSO-CASTRILLO (ed.), Madrid, CEPC, 1998, págs. 95-96.

¹⁰³ *El Duende de los Cafés*, núm. 68, 8 de noviembre de 1813, pág. 305. En cursiva en el original.

¹⁰⁴ El artículo clasificaba a los afrancesados en «apóstatas en gefe» (O’Farrill, Urquijo, Caballero, Azanza, Negrete, Almenara, Montarco, Arribas, Salcedo, Espinosa y Meléndez) y «renegadillos subalternos», que agrupaba a Satini, Belmar, Cea, Marchena, Estala, Melón, Alea, Cladera, Narganes, Andújar, Negurueta, Amorós, San Adrián, Babichi, García Suelto y Pinto.

no podía faltar la maliciosa alusión a su esposa. ¿Qué había pasado durante los años de la Guerra de la Independencia para que su notoriedad trascendiese de los reducidos círculos políticos madrileños a la opinión pública?

En febrero de 1808, al regresar a España, el matrimonio O’Farrill se encontró con una situación bastante incierta, pero ellos estaban decididos a huir de todas las intrigas políticas y comprar unas tierras en Andalucía donde retirarse del «mundo»¹⁰⁵. Estaban cansados del intenso peregrinaje de los diez últimos años por Europa, sin un momento de reposo. Sin embargo, pronto se vieron envueltos por el torbellino de los acontecimientos. Apenas llegados, se produjo el motín de Aranjuez, que provocó la abdicación de Carlos IV. Tras la subida al trono de Fernando VII, el general fue nombrado director general de artillería y, pocos días después, el 5 de abril de 1808, accedió al Ministerio de la Guerra¹⁰⁶. Entonces todos los planes se vinieron abajo:

Todo era menester sacrificarlo á los grandes intereses del momento, y yo debía conformarme [...] Si pudiera esto tener compensacion, la hubiera hallado en la confianza de las gentes de bien, en los elogios del Soberano y de todos los que lo rodeaban [a O’Farrill], en la esperanza de que pudiese contribuir á salvar su patria de los males que la amenazaban¹⁰⁷.

Ana Carasa, consciente del peligro, intentó persuadir a su marido de que abandonase todos sus cargos pero, finalmente, tuvo que resignarse a pesar de la angustia que le causaba verle en la primera fila de la arena política. O’Farrill no podía abandonar su puesto, dejando el gobierno a la deriva:

[...] yo no me paraba, es verdad, ni en la posibilidad ni en los riesgos de otra especie que esto podria acarrear; pero un no me *aflijas mas de lo que estoy, ninguna puerta honrosa se me abre para abandonar mi puesto en circunstancias tan críticas, y en la desconfianza en que han caido todas las reputaciones*, me dexaba desarmada y convencida: á no ser así, estoy segura de que mi O’Farrill no me havría negado esta prueba de su cariño¹⁰⁸.

En ese tremendo lapso, Ana Carasa anotó lo que sucedía a su alrededor. Bien informada, por hallarse tan cerca del poder, sus reflexiones no dejaron de señalar su actitud recelosa ante los franceses. Tras conocer la partida de Fernando VII

¹⁰⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 27.

¹⁰⁶ AZANZA y O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 291.

¹⁰⁷ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 29.

¹⁰⁸ *Idem*, pág. 39. En cursiva en el original.

de Madrid para reunirse con el emperador, esto le hizo abrigar toda clase de sospechas sobre los propósitos de Napoleón:

¡Qué zozobras causaba esta entrevista, ó por mejor decir, las resultas de ella! ¡Y cuánto no había que temer de la conducta equívoca de los Franceses, de sus maquinaciones infernales, de las intrigas de personas terribles!¹⁰⁹.

El mismo O’Farrill, miembro de la Junta de Gobierno nombrada por el rey para encargarse del mando durante su ausencia, al saber directamente por Murat el verdadero objetivo de la conferencia, se mostró asombrado¹¹⁰. No obstante, poco a poco, ambos se convencieron de que todo estaba perdido. Ana reflejó su opinión sobre las abdicaciones de Bayona, en el mismo sentido que años después lo hicieran su marido y su compañero Azanza en la *Memoria* en la que justificaban su papel en aquel apurado trance: «la explicacion de su conducta era bien sencilla: ausente ya el Soberano, sin centro, sin punto de apoyo en la nacion, el noble entusiasmo y los generosos sentimientos de esta no podian servir sino para precipitarla»¹¹¹. Más adelante, la gaditana se reiteraba en su parecer, cuando las primeras voces críticas se alzaron en contra de su cónyuge:

Mi O’Farrill reprobando tanto como el que mas la perfidia que se había usado con la Familia Real, estaba convencido de la insuficiencia de los medios que había en la nacion para resistir, sobretodo, desde que había faltado con la desaparicion de todas las personas Reales un centro en quien se reuniesen todas las opiniones y de donde partiesen las providencias: sin esta unidad la anarquía debía seguirse à los esfuerzos de un patriotismo mal dirigido y gobernado¹¹².

¹⁰⁹ *Idem*, pág. 29.

¹¹⁰ «Era, pues, que el Emperador no reconocía en España otro rey sino á Cárlos IV, y que habiendo para ello recibido órdenes tuyas, iba á publicar una proclama, que manuscrita le dió á leer. Se suponía extendida por el Rey padre, asegurando en ella haber sido forzada su abdicacion, como así se lo habia comunicado á su aliado el Emperador de los franceses, con cuya aprobacion y arrimo volveria á sentarse en el trono. Absorto Ofárril con lo que acababa de oír, informó de ello á la Junta, la cual de nuevo comisionó al mismo, en compañía de Azanza, para apurar más y más las razones y el fundamento de tan extraña resolucion». Conde de TORENO, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA (ed.), Madrid, CEPC, 2008, pág. 110, <<http://www.cepc.es/bicentenarios.asp>>.

¹¹¹ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 30.

¹¹² *Idem*, pág. 32. En el mismo sentido se expresó Quintana cuando se entrevistó con el general en torno a finales de abril de 1808: «En el discurso de nuestra conferencia [O’Farrill] me hizo valer la determinación irrevocable del Emperador, sus fuerzas irresistibles, el asentamiento de todas las potencias de Europa a sus intentos, la nulidad de medios y recursos en que se hallaba España, la imposibilidad de una insurrección, el delirio de esperarla, la desolación y desgracias infinitas que se seguirían a los levantamientos parciales que pudiese haber, la gloria de contribuir con mis estudios y talentos al sosiego y felicidad de un país irreparablemente perdido; en fin, su ejemplo mismo, que, a despecho de su amor a la patria y sus buenas intenciones,

Ante lo inevitable, se mostraba escéptica en resistir a los franceses. Creía que resultaba inviable y que provocaría mayor furia en Napoleón, dispuesto a conquistar el país a sangre y fuego. Asimismo, ella, que tanta atracción había sentido por la Revolución Francesa, en esos momentos, no participaba de la opinión de que en España pudiera hacer su propia revolución, ahora que las circunstancias se mostraban favorables, según entendían algunos de sus antiguos amigos como el poeta Quintana¹¹³. Para ella, lo que sucedería, con toda probabilidad, sería que el país se sumiría en la anarquía y el desorden, sin una autoridad fuerte que gobernase y fuera capaz de organizar la defensa contra la conquista. El entusiasmo patriótico no era suficiente para enfrentarse a los ejércitos imperiales, aunque éste surgiera no sólo del espíritu de independencia, pues los españoles luchaban también por su rey legítimo y por su religión¹¹⁴. El deseo de libertad y la igualdad, la conquista de derechos individuales, así como la posibilidad de aprovechar lo que estaba sucediendo para intentar cambiar el sistema político resultaba imposible en aquellas circunstancias. La mayoría de la población no participaba de esos principios, que se le antojaban utópicos y que no despertaban ninguna pasión:

Pueblo desgraciado, que conducido por las pasiones de unos, por el desacertado entusiasmo de otros, y por la irreflexión del mayor número, vas á sufrir los mayores estragos, te fabricas tu propia (sic) ruina y doblas la esclavitud de que imaginabas libertarte¹¹⁵.

El sueño revolucionario, por el que habían suspirado largamente en los últimos años los O’Farrill y sus amigos, sólo eran ya aspiraciones de unos pocos ilusos.

¿Qué puede prometerse la España si intenta una revolución? ¿El coloso que tiene encima la dexará acaso quietud para ordenarla, y tiempo para organizar una fuerza armada capaz de medirse con las de su adversario? ¡Triste y perjudicial error el que se iba introduciendo en algunos hombres de talento! Creían que estos inconvenientes eran superables, que los nuestros tendrían lugar de aguerrirse, que el amor de la patria triunfaría de todas las arraygadas preocupaciones, y que la España llegaría á consolidar su gobierno sobre las bases que sus gobernantes empe-

se veía obligado a seguir la razón y la prudencia, arrostrando las hablillas y el desconcepto de una opinión absurdamente extraviada». QUINTANA, *op. cit.*, págs. 51-52.

¹¹³ Manuel MORENO ALONSO, *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, pág. 130.

¹¹⁴ Sobre las motivaciones de los afrancesados para elegir esa opción, *vid.* Miguel ARTOLA GALLEGO, *Los afrancesados*, Madrid, Ediciones Turner, 1976, págs. 59-71.

¹¹⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 34.

zaron á fundar. No sé como se puede raciocinar tan en falso: los exemplos que nos presenta la historia, la razon misma parece no dexa duda de que quando la fuerza de las armas llega á dominarlo todo, como sucedió en Roma y sucede en Francia, es irresistible hasta que una larga paz enerva las fuerzas de la nacion aguerrida y vencedora, que no dexa tiempo á otra para formar tropas capaces de oponersele¹¹⁶.

En esos momentos, Ana Carasa apartó a un lado sus bellos ideales revolucionarios, dejándose llevar por una actitud derrotista ante la resistencia a los ejércitos imperiales¹¹⁷. Su escepticismo, en parte, era fruto de su observación directa del sufrimiento que la guerra había causado en muchos países europeos. Estas reflexiones, llenas de amargura, le causaban dolor, pero no distaron mucho de lo que sintieron otras personas que se decantaron en esos momentos por el bando del rey «intruso»¹¹⁸.

La situación de mi espíritu era bien singular en aquella época: aborreciendo por principios la opresion de toda especie, la prepotencia y el influxo extranjero, había visto con mas dolor que nadie prepararse la suerte que nos amenazaba. Aun estando en Florencia, quando se supo allí el resultado de la batalla de Iena, y que no quedó duda de la completa destruccion del ejército Prusiano, perdí el resto de esperanza que me quedaba de no ser nosotros algun dia dominados por los Franceses [...] yo me exáltaba y me ponía de mal humor contra todos los que no prevenían lo mismo: miraba como hermano al Aleman, al Sueco, al Italiano que se veían oprimidos por el capricho de un hombre solo. ¿Qué no debería sucederme quando se trataba de mi patria, de mis parientes, de mis amados conciudadanos? Pues á pesar de todo esto mi razon me guió á sentimientos mas humanos, y viendo irremediable nuestra humillacion, pero remediabiles muchos males de los que debían agregarse á ella, me resigné y decidí enteramente por el partido del sufrimiento que hacía á aquella menos amarga, y disminuía las conseqüencias de éstos¹¹⁹.

¹¹⁶ *Idem*, págs. 37-38.

¹¹⁷ Para José García de León y Pizarro, los que «seguían al intruso, no por afecto, sino por la convicción de no ser posible otra cosa, y de que la España podía mejorarse por influjo de la ilustración francesa. Después ya formaron un partido animado de un espíritu más o menos criminal por la desesperación». GARCÍA DE LEÓN, *op. cit.*, pág. 126.

¹¹⁸ LÓPEZ TABAR, *op. cit.*, págs. 142-144. Las palabras de Reinoso son elocuentes en este sentido: «Esta sola ha sido la cuestión, en que han disentido los que se nombran *afrancesados*. ¿Tenemos probabilidad de vencer á los franceses? El pueblo creyó que sí: los hombres, á quienes la nacion tenía por mas sabios, se persuadieron de que no podíamos triunfar; y que la resistencia no habria de traernos mas fruto que la ruina». Félix José REINOSO, *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria, imputados a los españoles sometidos baxo la dominacion francesa*, Auch, Imprenta de la viuda de Duprat, 1816, pág. 232.

¹¹⁹ O'FARRILL, *op. cit.*, págs. 33-34. No era el mismo el razonamiento de Jovellanos ante el desconcierto reinante: «La causa de mi país, como la de otras provincias, puede ser temeraria; pero al menos es honrada».

A pesar de sus recelos antiguos hacia el emperador, creyó que seguía la senda más justa, aquélla por la que el militar cubano se precipitaba de manera inexorable: «viendo á mi O-Farrill en un comprometimiento espantoso; su semblante abatido me partía el corazon, y quien conoce el suyo como yo ¿con qué dolor no debía ver malogradas las intenciones mas puras, los deséos mas nobles y desinteresados por el bien de su pays?»¹²⁰. Aun así todavía hizo un último intento para convencer a su marido para retirarse a un lugar tranquilo, pues caminaban hacia el desastre:

Los argumentos de la razon y de una meditada filantropía persuadían á permanecer á todo riesgo en el puesto, y hacer en él todo el bien posible, ya que no lo era conjurar la tempestad: y por otra parte los sentimientos generosos que sin consultar la razon no hablan mas que al corazon, gritaban altamente que era menester abandonarlo todo. En estos casos es muy dificil que un hombre y una muger esten acordes, por mas analogía de idéas que haya entre ellos, y por mas que partan de unos mismos principios: el hombre tendrá sus opiniones, la muger no prescindirá de sus sentimientos¹²¹.

Los levantamientos de las provincias, les ratificaron la decisión tomada. El caos y el desorden reinantes habían sumido al país en una vorágine muy difícil de controlar. Sujeta la actitud de su esposo a toda clase de críticas y malinterpretaciones, O’Farrill se creía en la obligación de conservar su puesto, desde el cual imaginaba poder disminuir los males a la nación. Las noticias de los asesinatos de algunas autoridades como el marqués de Socorro en Cádiz y de un amigo querido, el «benéfico y filantrópico» Antonio Filangieri, por elementos incontrolados en Galicia, asustaron a cuantos les habían conocido¹²². Ana, resignada y horrorizada, meditaba que, «parecía imposible que viesemos nada peor que lo que estaba sucediendo»¹²³. La creación de las juntas provinciales, en sustitución de las autoridades legítimas que, movidas por un exceso de prudencia, se habían mostrado excesivamente cautas e incapaces de ponerse al frente de las revueltas contra los franceses, en una actitud ciertamente ambigua, no fue observada con

«Carta de Jovellanos a Mazarredo», Jadraque, 21 de julio de 1808, Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Obras publicadas e inéditas*, t. IV, BAE, vol. LXXXVI, Madrid, Ediciones Atlas, 1956, pág. 340.

¹²⁰ *Idem*, pág. 31.

¹²¹ *Idem*, págs. 30-31.

¹²² TORENO, *op. cit.*, págs. 169-170. La opinión de lady Holland, en cambio, es bien distinta, atribuyendo la indecisión de Solano, Filangieri y otros, al propio O’Farrill: «The loss of Spain he ascribes to the influence of O’Farrill who was so highly esteemed by all the officers in the army. To him may be imputed the hesitating, irresolute conduct of Solano, Espileta (sic), Amarillas, Filanghieri, and several others of that class. Besides the general estimation in which he was held in the army, he formed a great party in consequence of that opinion in his favor and attached ye young officers who were best informed and most zealous in the service». HOLLAND, *op. cit.*, pág. 278.

¹²³ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 34-35.

muy buenos ojos por la gaditana que desconfiaba de los honestos propósitos de muchos de estos nuevos dirigentes, pues, a su entender, habían conquistado el poder por medios violentos:

[...] quando viendose los pueblos sin Rey y sin gobierno, precisado á organizar (sic) de pronto tantos gobiernos provinciales, se exáltó la ambicion de los unos que veían un campo abierto para llegar á la soberanía, la codicia de los otros que esperaban enriquecerse en la anarquía, y mas que todo aquel sentimiento general de independencia tan lisongero para el pueblo, y que ha producido en todos tiempos un entusiasmo que ni mide sacrificios, ni calcula los riesgos: de ahí se vió nacer en los ánimos aquella exáltacion que conduce á vezes á las grandes acciones, pero comunmente á hechos horrosos, á la crueldad, á los vicios y venganzas, y todo esto en un grado de desórden que acaba por hacer desear al mismo pueblo una nueva esclavitud que le liberte de los males de la anarquía, y que hacen preferir como mas tolerables los del despotismo: á éste conducen las revoluciones despues de pasar por una horrible crisis¹²⁴.

No obstante, el tiempo de las vacilaciones había pasado y era preciso mantenerse firme, a pesar de que, en todo momento, fueron conscientes de que se enjuiciaría críticamente su actitud. Tras la entrada del rey José a Madrid en julio de 1808, todavía hubo alguna oportunidad para desdecirse de todo lo anterior, como hicieron algunos, al llegar las primeras noticias sobre el resultado de la batalla de Bailén¹²⁵. Entonces, los O’Farrill vieron como se incrementaban los reproches contra ellos. Tras recibir un papel anónimo injurioso en el que se la «maltrataba», Ana reflexionaba sobre el poder de la calumnia, que había manchado hasta lo más profundo la buena reputación de su marido:

[...] el malvado queda confundido con el hombre de bien, el verdadero amante de su pays con el que solo se propone sacar partido de las circunstancias. Pero en medio de todo el hombre inocente duerme tranquilo, y su conciencia es el mejor garante de su felicidad¹²⁶.

Días más tarde, cuando José Bonaparte ordenó evacuar la capital de España, el matrimonio unió definitivamente su suerte a la causa napoleónica. Los recelos y vacilaciones se disiparon completamente. A partir de ese momento, sabían que

¹²⁴ *Idem*, págs. 35-36.

¹²⁵ Juan MERCADER RIBA, *José Bonaparte, rey de España (1808-1813)*, Madrid, CSIC, 1971, págs. 58-59.

¹²⁶ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 39.

el camino que les esperaba estaría lleno de obstáculos y sufrimientos, pero ya era tarde para volverse atrás. Partieron en el convoy galo rumbo al norte, sin saber muy bien cuando volverían a Madrid¹²⁷.

Llegado pues el terrible caso de que las tropas francesas iban à abandonar la capital, que el populacho quedara dueño de ella, y que esta clase tan temible como la mas injusta iba á juzgar de la conducta de los hombres mas de bien, era menester tomar una resolucion dolorosa. Pero emigrar, dexar uno dudosa su opinion, y llenas de aficcion personas á quienes nos unían vínculos respetables, esto era horroroso; y el dia 30 de julio de 1808 quedará presente en mi imaginacion como uno de los mas funestos de mi vida¹²⁸.

Toda la familia O’Farrill se tuvo que huir precipitadamente, junto al general: Ana, Pedro Miguel y la condesa de Jaruco, con sus hijas adolescentes, Mercedes y Pepita. Para Teresa Montalvo, el temor de quedarse aislada en Madrid, después de haber mostrado públicamente su opinión a favor de los franceses, mientras su hijo varón estaba retenido por el emperador, junto a otros jóvenes estudiantes en colegios del país vecino, pesó demasiado en su ánimo¹²⁹. La misma Mercedes, a pesar de su juventud, no pudo dejar de sentir cierta inquietud por la alteración que la guerra había producido en su apacible vida, de improviso.

La noticia de la capitulacion del general Dupont fue causa de que se determinara la evacuacion de Madrid y la retirada del rey sobre el Ebro. Éste fue un momento de crisis y de tribulacion para todas aquellas personas que se hallaban comprometidas por sus relaciones con los franceses. Unos querian partir, y se lamentaban de verse forzados á abandonar sus parientes, sus casas, y tal vez su pais: otros, imposibilitados de huir ó mas decididos á hacer frente á las violencias del partido contrario, se resolvia á quedarse: con este objeto hacian retirar las mugeres, niños y muebles, guardaban las armas y esperaban su muerte¹³⁰.

¹²⁷ Según el conde Toreno, los que huyeron con José Bonaparte lo hicieron presa del pánico: «Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arreado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habian excitado contra sus personas». TORENO, *op. cit.*, pág. 296.

¹²⁸ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 40.

¹²⁹ «Habiendo vivido constantemente en la intimidad de su tío [el general O’Farrill], había adoptado todas sus opiniones: era cosa sabida, y ella debía temer la reacción que iba a pesar sobre todas las personas afectas al nuevo gobierno. Viuda, con dos hijos jóvenes, y viviendo en la misma casa del ministro, temió mucho los insultos y las violencias. El miedo a verse incomunicada con su hijo, que estaba en París en una casa de educación, y se hallaba retenido por el emperador, con todos los demás jóvenes que allí se educaban en aquella época, fue también, un motivo poderoso para decidirla». MERLIN, *Memorias, op. cit.*, pág. 157.

¹³⁰ *Idem*, pág. 156.

Durante el viaje hubo tiempo para la reflexión. Habían huido, dejando atrás seres queridos, por miedo a la violencia que se había desatado. Con la conciencia tranquila por el partido tomado, sólo quedaba esperar que la situación se resolviese de manera favorable para ellos. Por más que examinaban su proceder, el matrimonio O’Farrill creía que se había comportado de manera honesta. Las circunstancias les habían precipitado a la situación en la que se encontraban, pero confiaban en que su honor quedaría a salvo, a pesar de las falsedades y habladurías que algunas personas habían vertido sobre ellos. La gaditana, preocupada, llegó a la íntima convicción de que sólo podía hallar alivio «en la pureza de intenciones» que les había guiado.

Su opinion sufre momentaneamente, pero la inocencia triunfará y quedará en todo su brillo, me decía á mí misma. Conservemos la indulgencia con los que los ofenden en el calor de las pasiones, y lexos de abrigar en nuestros corazones idéas de venganza, hallemos un consuelo en la esperanza de contribuir á cicatrizar sus heridas, á curar sus males, esos males á que los conduce su mal guiado entusiasmo, su equivocado patriotismo¹³¹.

En el otoño de 1808, se encontraban en Vitoria junto al rey José, al que siguieron por su peregrinaje por distintas ciudades, a la espera de que Napoleón, al mando de su ejército, reconquistase la capital de España. Mientras tanto, se las arreglaron para componer su salón en el que «lo más distinguido de las dos naciones» se reunía en la casa que ocupaban¹³². Allí, Ana Carasa se encontró con el heterodoxo sacerdote riojano Santiago González Mateo al que intentó ayudar, debido a sus circunstancias. Él mismo, relató el encuentro y mostró su agradecimiento hacia su protectora:

[...] llegué Vitoria, en donde fui obsequiado de la gente mas ilustre y de buenas ideas. La Excelentísima Señora Ministra de Guerra entregó ciento y cincuenta reales a un caballero con orden que me los diese y que dijese en donde tenia la posada para continuar sus buenos oficios, sin haber yo incluido en el asunto, ni aun tenido noticia de dicha señora. La causa de su liberalidad fue haber entendido que me habian robado en el camino de Vitoria, con otras circunstancias de mi persona que le agradaron, como a otras personas de primera distincion, con razon o sin ella¹³³.

¹³¹ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 40-41.

¹³² «Nuestra familia y los oficiales adictos á mi tio, formábamos solo una sociedad íntima bastante numerosa. Regularmente éramos diez y ocho personas, cuando no comía ninguna fuera». MERLIN, *Memorias, op. cit.*, pág. 175.

¹³³ Agradezco al profesor Fernando Durán el conocimiento de esta cita. SANTIAGO GONZÁLEZ MATEO, *Vida trágica de don Santiago González Mateo, Job del siglo XVIII y XIX*, Javier PÉREZ ESCOHOTADO (ed.), Logroño,

Incluso con José Bonaparte hubo momentos para la sinceridad. Tras conversar con él, la gaditana anotó en su diario algunas palabras que el rey le había dirigido sobre su opinión acerca de la situación política, después de enterarse que Napoleón entraba en España a reconquistar el territorio perdido. Para entonces ya se había convertido en una «afrancesada» de los pies a la cabeza, que no podía evitar sentir simpatía por el monarca, cuyas buenas intenciones habían cautivado a cuantos le habían tratado de cerca. Ambos coincidieron en que la desgraciada guerra sólo traería ruina y desolación, pero no existía otra alternativa. La desconfianza que, desde años atrás, había despertado en ella Bonaparte le pareció preferible, a la vista de los acontecimientos, que la confusión y desorden de toda una nación¹³⁴. Aun así, uno de los amigos más íntimos del general, el poeta Arriaza, estaba convencido de que el general O’Farrill se había arrepentido del camino que había tomado¹³⁵.

Tal y como se desprende de algunos testimonios, Ana Carasa gozaba de una posición privilegiada, con cierta capacidad para influir en decisiones del gobierno, gracias a su amistad con algunos de los ministros josefinos. Las mujeres de las élites en el siglo XVIII, a pesar de su reclusión tradicional en el espacio doméstico, habían conseguido transgredir, gracias al ambiente permisivo de la Ilustración, ciertos roles predefinidos social y culturalmente. Acostumbradas a dirigir la casa, administrar los patrimonios y, en cierto modo, a moverse entre los márgenes, ejercían indirectamente una cierta autoridad, sobre todo, aquéllas que, por su personalidad dominante, eran capaces de ejercer su influjo sobre sus familiares varones. Los ejemplos de estas actuaciones solían retratarse con frecuencia de manera satírica y crítica en la literatura, pero no por ello dejaban de repetirse.

Pero más allá de críticas, cargadas o no de razón, lo cierto es que en enero de 1810 el comisario Lagarde, policía del emperador en misión en España, informaba a su superior que «Madame O’Farrill» acababa de escribir a su marido, que se encontraba de viaje rumbo a Andalucía, en el séquito del monarca, instándole

Instituto de Estudios Riojanos, 2001, págs. 143-144. Sobre el carácter de esta autobiografía, *vid.* Fernando DURÁN LÓPEZ, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, 1997, pág. 169.

¹³⁴ «El abuso de la fuerza y de un poder irresistible por una parte, los efectos espantosos de la anarquía por otra, ¡dura y amarga alternativa la que pone en el caso de elegir entre estos dos males! En ambos está atacada la independencia y la dignidad del hombre, expuesto su honor y seguridad personal; pero el buen ciudadano, el amante de su patria ¿deberá titubear entre el despotismo de uno solo ó el de un pueblo? En aquel hay que defenderse contra las pasiones de uno, en este se lucha contra todo el conjunto de las mas baxas se que es capaz la especie humana». O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 42.

¹³⁵ «Arriaza was a great friend of the O’Farrill; he is, like all the others who knew O’Farrill, astonished at his conduct, and convinced that he is full of remorse for the mischief he unintentionally has caused (by taking service under the French)». HOLLAND, *op. cit.*, pág. 294.

a que modificase un decreto sobre grados militares que se acababa de publicar y que había causado el descontento entre aquéllos que servían a las órdenes de José I¹³⁶. El decreto permitía volver a sus hogares a los soldados que desertasen del ejército español y se presentasen a los franceses. Asimismo, para los que estuvieran dispuestos a integrarse en las banderas del «intruso» les respetaba el grado que ostentaran¹³⁷. Además, el ministro de la Guerra josefino había dirigido «una proclama a sus antiguos camaradas del ejército de España, a fin de que depusieran su actitud rebelde ante la nueva dinastía de Bonaparte»¹³⁸.

Más tarde, en septiembre de 1811, el subprefecto de Jerez, Juan Ponce de León, escribía a su «estimadísima amiga» contándole los agravios de los que era objeto por el Comisario Regio para Andalucía, el conde de Montarco, aunque se había propuesto «no aumentar los disgustos de vm. con los míos». La misión del conde consistía en frenar las ambiciones del mariscal Soult, reduciéndole a su potestad militar, pues actuaba como el «verdadero soberano de Andalucía»¹³⁹. Montarco, cuya autoridad quedó en lo puramente nominal, fracasó en su intento al verse incapaz de resistir a la presión del duque de Dalmacia. Mientras, Ponce de León pedía ayuda a su interlocutora, para evitar su remoción de su cargo, asegurándole que:

Puede vm. sostener á rostro firme y sin recelo de sonrojarse, que he administrado justicia, que he calculado bien en la administracion, que me he llevado bien con los generales y gefes franceses, y con la misma tropa, de que se me llenaba la casa en los meses de la escasez: jamas se ha separado un solo individuo sin consuelo efectivo: los pueblos estan bien cercionados de mi hombría de bien y esmero por sus alivios [...] esto es en limpio lo que hay: vm. sabrá lo que hacer en este caso [...] Incluyo á vm. para Almenara un duplicado de mi representacion al rey en el mes de mayo, que puede vm. leer y entregar en propia mano, ó lo que mejor le parezca que puede convenir á este martir del honor y gratitud al rey que me ha honrado¹⁴⁰.

Esta carta, interceptada, se publicó en la *Gazeta de la Regencia* y, a partir de este momento, el nombre de la esposa del ministro de la Guerra fue conocido

¹³⁶ Nicole GOTTERI, *La mission de Lagarde, policier de l'empereur pendant la guerre d'Espagne (1809-1811)*, París, Editions Publisud, 1991, pág. 166.

¹³⁷ *Prontuario de Leyes del Rey Nuestro Señor Don José Napoleón I. Del año de 1810*, t. II, Madrid, Imprenta Real, 1810, págs. 9-10.

¹³⁸ MERCADER, *op. cit.*, pág. 141.

¹³⁹ *Idem*, págs. 217-218.

¹⁴⁰ «Carta interceptada de don Juan Ponce de Leon, prefecto de Xerez de la Frontera, á Doña Ana Carasa, muger de D. Gonzalo O-Farrill». *Gazeta de la Regencia de España e Indias*, núm. 107, 17 de agosto de 1811, pág. 860.

por la opinión pública. En *El Conciso* se refirieron a ella como «*Madamme Anne Carasa*, esposa de *Monsieur O’Farrill*» aludiendo descaradamente a su afrancesamiento¹⁴¹. Lo mismo puede decirse de la imagen de mujer entrometida e imprudente aparecida en *El Duende de los Cafés* que, en cierto modo, se hacía eco de los comentarios que esparciera Azara muchos años antes. Estas murmuraciones, no cabe duda, circularían ampliamente por las tertulias y los cafés del «Cádiz de las Cortes», donde todavía muchas personas la recordarían. El propio O’Farrill hizo referencia a su falsedad, con indignación: «¡Y esta es la muger que con tanta equivocacion de concepto han querido pintar como ambiciosa de honores ó de rango varios de la nacion y aun algunos que tenían motivos de conocerla mejor!»¹⁴². La escalada de esta campaña culminó con la corrosiva descripción de fray Manuel Martínez, en la que las palabras «traidora» y «pervertidora» de aquéllos que le rodeaban, denigró su reputación hasta lo más bajo. Pocas mujeres se vieron tan ferozmente atacadas ni tuvieron que sufrir una humillación semejante. Crueldad que denotaba el peligro que sus enemigos sentían hacia una mujer con ideas propias, con un compromiso político, que la situaba casi al mismo nivel que los hombres. En este caso, no se trataba de alusiones irónicas y satíricas a la vida privada, como ocurrió en el caso de otras conocidas «afrancesadas», tachadas de superficiales y ambiciosas.

Pero lo que no trascendió a la opinión pública, porque no interesaba, fue que Ana, al margen de sus inquietudes políticas, también se dedicó a las actividades de beneficencia. Su dedicación a la Junta de Damas fue encomiable y en ella volcó todas sus energías, convirtiéndose en una de las socias más activas. Su afinidad con los afrancesados, le dio posibilidad de acceder al rey José, al que interesó especialmente en el estado de la Inclusa madrileña. No obstante, prefirió permanecer en un segundo plano, pues rechazó la presidencia de la Junta de Damas al ser elegida. No obstante, ayudó con tesón a sus compañeras, entre las que se encontraban sus amigas Lorenza de los Ríos, marquesa de Fuerte-Híjar, y Rosario Cepeda, conformándose con ser curadora de la Inclusa¹⁴³. Gracias a su labor callada, la institución femenina salió adelante en los difíciles años del Madrid ocupado: consiguió fondos de los ministerios de Interior y Hacienda para la Junta de Honor y Mérito, gracias a su mediación el médico de la Inclusa, preso en la fortaleza de El Retiro, fue liberado y llevó a cabo una política de captación de nuevas socias, muchas de ellas emparentadas con reconocidas personalidades

¹⁴¹ *El Conciso*, núm. 19, 19 de junio de 1813, pág. 7.

¹⁴² O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 39-40.

¹⁴³ Sobre la Junta de Damas durante la Guerra de la Independencia, *vid.* Elisa MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE, «Afrancesadas y Patriotas: Junta de Honor y Mérito de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País», CASTELLS, ESPIGADO y ROMEO, *op. cit.*

bonapartistas como su amiga Josefa Alegría, duquesa de Santa Fe, esposa del ministro Azanza, la duquesa de Mahón y Mercedes de Santa Cruz, su sobrina.

En los terribles meses del hambre en Madrid, en el año de 1812, Ana Carasa logró persuadir a su esposo para que, de las raciones que diariamente se suministraban a los soldados, se enviaran algunas al orfanato para alimento de los niños, amas y empleados. La situación rozó en algunos momentos el dramatismo, pues la cantidad de huérfanos allí recogidos, debido a la miseria que sufría la capital de España, superaba con mucho su capacidad. Poco tiempo antes, gracias a sus buenas relaciones, la Junta de Damas logró que una parte de los ingresos procedentes de la autorización para el establecimiento de «juegos prohibidos» en la capital fueran a parar a la Inclusa madrileña¹⁴⁴. El consuelo de su buena obra le sirvió para sobrellevar las terribles calamidades a las que asistía como testigo cada día:

Asociada para estos cuidados á varias personas ilustradas de su sexô, hicieron éstas a su zelo caritativo la justicia que sobrevive á todo lo de este mundo; y pudo conocerse fácilmente que el hábito de beneficencia en las personas que lo contraen, jamás subsiste con odios ó rencores de ninguna especie, ni aun en las convulsiones políticas de la sociedad, y que el placer de hacer bien suaviza y calma todas las pasiones¹⁴⁵.

El marqués de Almenara, como ministro del Interior de José I y, también, por haber sido en el año de 1811 director de la Sociedad Económica de Madrid, conoció de primera mano la labor de Ana Carasa en la Junta de Damas madrileña. Años después, recordó su férrea voluntad para hacer frente a las desgracias ajenas y tratar de mejorar la suerte de los más desgraciados:

[...] es una obligación sagrada para mí recordar la activa caridad de la virtuosa esposa del general O’Farrill con todas las señoras que cuidaban los establecimientos de beneficencia [...] ¡ojalá llegue el día en que [...] me permitan pagar el triunfo de gratitud que debe la patria á todas las almas nobles y generosas!¹⁴⁶.

La vida fue volviendo a la normalidad, pasado el terrible año de 1808. Los O’Farrill retomaron sus antiguas costumbres e, incluso, siguieron celebrando las tertulias a las que eran tan aficionados. Sin embargo, los visitantes habían

¹⁴⁴ MERCADER, *op. cit.*, pág. 264.

¹⁴⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 46-47.

¹⁴⁶ Marqués de ALMENARA, *El marqués de Almenara a su defensor y a sus jueces*, Madrid, Imprenta del Censor, 1820, pág. 31.

cambiado, ahora se trataba, en su mayor parte, de militares franceses, como los generales Sebastiani, Dessolles y Bigarré, personal de la casa real y otras personas bien relacionadas con el régimen bonapartista¹⁴⁷. El ministro de la Guerra, con el general Belliard y el embajador Laforest, acompañados por algunas señoras y oficiales, solían frecuentar la mesa de José I que se complacía con la conversación¹⁴⁸. Al mismo tiempo, Ana Carasa, acompañada de la condesa de Jaruco y sus hijas asistían con frecuencia a la Corte, donde se codeaban con damas francesas que las observaban con una curiosidad y altanería que a Mercedes, la futura condesa de Merlin, le resultó al principio insufrible¹⁴⁹. Pronto se acostumbraron las unas a las otras: «las españolas vivían en buena armonía con las damas francesas; mutuamente supieron familiarizarse, y á excepcion de algunos celillos, todo iba bien entre ellas»¹⁵⁰. No ocurría lo mismo entre aquéllas que se disputaban el corazón del rey, la marquesa de Montehermoso y la condesa de Jaruco, que se detestaban la una a la otra¹⁵¹.

La alegría volvió a reinar en la casa donde todos ellos vivían. En el 31 de octubre de 1809, «Perico», el hijo de Ana, contrajo matrimonio con una de las hijas de la condesa, «Pepita», y los vínculos se estrecharon todavía más¹⁵². El cubano:

[...] lo había adoptado y lo amaba como si fuera su verdadero padre. Perico era instruido y modesto, de carácter melancólico y de juicio recto; nunca se había separado de sus padres. El general O’Farrill quiso educarlo por sí mismo; y resaltaba en sus modales, como también en su conversación, aquel perfume delicado que se respira, por decirlo así, en la sociedad continua de las personas distinguidas¹⁵³.

Pedro Miguel había sido alumno del Seminario Patriótico Bascongado y de la mano de su padrastro entró en la carrera diplomática. En abril de 1803 fue nombrado agregado del secretario de la legación española en Berlín, en la

¹⁴⁷ MERLIN, *Memorias*, *op. cit.*, págs. 207-208 y Auguste Julien BIGARRÉ, *Mémoires du général Bigarré, 1775-1813*, Michel LEGAT (ed.), París, B. Giovanangeli, 2002, pág. 247.

¹⁴⁸ Eugenio SARRABLO AGUARELES, «La vida en Madrid durante la ocupación francesa de 1808 a 1813», *II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, Institución Fernando el católico, Zaragoza, 1954, pág. 219.

¹⁴⁹ MERLIN, *Memorias*, *op. cit.*, págs. 220-224.

¹⁵⁰ *Idem*, pág. 226.

¹⁵¹ «Le roi ayant été, quelques sans jours vouloir presque personne, les Melito avaient cru bien faire, en attribuant cette retraite à una indisposition. S. M. l’a su et en a montré beaucoup d’humeur, mais pas assez pour altérer le très crédit que cette maison partage avec celles des Montehermoso et des O’Farrill. Elles ne quittent presque plus le roi, sans cependant être entre elles d’accord sur autre chose que dans leurs doléances contre le système impérial. Du reste Madame Montehermoso voudrait faire renvoyer tous les Français de la cour et culbuter O’Farrill qu’elle n’aime pas». GOTTERI, *op. cit.*, págs. 249-250.

¹⁵² O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 43.

¹⁵³ MERLIN, *Memorias*, *op. cit.*, págs. 68-69.

que el general desempeñaba el puesto de embajador. A la ciudad alemana llegó procedente de Roma. En 1808 todavía estaba en funciones. En octubre de 1809 fue nombrado asistente del Consejo de Estado y condecorado con la Orden del España¹⁵⁴. Pepita era una «compañera virtuosa, amable, digna de él»¹⁵⁵. Ese mismo día, su hermana Mercedes contrajo matrimonio con el general francés Cristophe-Antoine Merlin, conde de Merlin.

Mi hermana [Pepita] y Perico se amaban; su matrimonio estaba proyectado por sus padres desde que eran niños, para estrechar todavía mas lazos de amistad que los unían; pero la ejecución de este proyecto se había diferido para una época mas remota, tanto á causa de la crisis política en que nos hallábamos, y de las desazones que daría á nuestra familia, cuanto por la poca edad de mi hermana¹⁵⁶.

Los años de la ocupación francesa transcurrieron rápidamente, entre alegrías y tristezas. La guerra continuaba y había pasado a formar parte de la vida cotidiana de todos ellos. Con frecuencia, llegaban noticias sobre los movimientos de los ejércitos, las batallas ganadas o perdidas y los rumores sobre partidas de desertores o guerrilleros que se acercaban peligrosamente. Al mismo tiempo, posiblemente, presenciarían la lenta marcha de los carros llenos de soldados heridos y las interminables filas de prisioneros que se dirigían a Francia: «para nosotros no había victoria; nuestros afectos y nuestras simpatías se hallaban repartidos entre los dos bandos»¹⁵⁷. Gonzalo O’Farrill, orgulloso de su familia, buscó siempre el apoyo de su esposa, a la que amaba con locura¹⁵⁸. Ana lograba que pudiera evadirse de los continuos problemas que encontraba a su paso, como él mismo reconocía:

Estos tiempos de calamidades generales tienen sin embargo la única ventaja de estrechar mas los vínculos de familia. Así me sucedía que jamás había deseado tanto como entonces el verme en la compañía de la que era todo mi consuelo, y en la de aquellas pocas personas de nuestro cariño; y que en el colmo de los disgustos de mi empleo, luego que pisaba los umbrales de mi casa, y que tenía la fortuna de ver sereno el semblante de mi Anita, se me olvidaban todos los pesares: la inalterable

¹⁵⁴ OZANAM, *op. cit.*, pág. 422.

¹⁵⁵ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 41.

¹⁵⁶ MERLIN, *Memorias, op. cit.*, págs. 268-269.

¹⁵⁷ *Idem*, pág. 243.

¹⁵⁸ En una carta interceptada, fechada el 6 de mayo de 1809, de Gonzalo O’Farrill, dirigida al marqués de Casa-Calvo, su cuñado, el ministro terminaba: «Ignacio está bueno, y lo mismo los de la casa que te dan finas expresiones, y especialmente mis damas». *Semanario Patriótico*, núm. 21, 15 de junio de 1809, págs. 108-109.

dulzura de su alma se comunicaba á la mia, y me disponía para los trabajos y las cuitas del dia siguiente como si fuese el primero de mis taréas¹⁵⁹.

No obstante, todavía les quedaba por sufrir otra prueba dura que el destino les deparaba. La derrota de las armas francesas en Los Arapiles provocó la huida masiva de los partidarios del rey José rumbo a Valencia en agosto de 1812. Tras unos meses, pudieron volver a Madrid, pero no por mucho tiempo. El régimen bonapartista en España estaba próximo a sucumbir.

IV. El exilio

La emigración es la imagen mas semejante a la muerte, y aunque haviamos ya experimentado otras, esta tenía un caracter peor que todas¹⁶⁰.

En marzo de 1813 José Bonaparte, consciente de que su reinado en España había acabado, abandonó definitivamente la capital. Tras él, emprendieron el camino de Francia miles de personas, comprometidas con el rey «intruso». El miedo a la reacción de sus compatriotas determinó la masiva huida de los afrancesados hacia el país vecino, para salvar sus vidas, creyendo que se trataría de una situación provisional, hasta que Fernando VII, una vez recuperada su corona, otorgase un perdón general¹⁶¹. En este sentido se manifestaba el cubano en su *Memoria* justificativa: «Nadie ha salido de España sino con disgusto; pero no ha tenido libertad para hacer otra cosa, y es mucho mas cierto que ninguno ha venido sino para aguardar en un asilo temporal á que calmasen las pasiones»¹⁶². Al abandonar Madrid, sin saber todavía si sería para siempre, Ana Carasa y Gonzalo O’Farrill hicieron balance de su comportamiento en los años anteriores, con la conciencia tranquila, pues estimaban que sus actuaciones se juzgarían con imparcialidad:

Dichoso, ó á lo menos no tan desgraciado aquel que puede decirse á sí mismo: á nadie he hecho mal, ninguno podrá decir que le usurpé su propiedad (sic): ni la ambicion, ni la codicia me decidieron por el partido que hoy me pone en este caso: con estas reflexiones logramos mi O-Farrill y yo calmar nuestro espíritu¹⁶³.

¹⁵⁹ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 48.

¹⁶⁰ *Idem*, pág. 49.

¹⁶¹ LÓPEZ TABAR, *op. cit.*, pág. 133.

¹⁶² AZANZA y O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 203.

¹⁶³ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 49.

Tras un penoso viaje llegaron a Valladolid y allí los cónyuges tuvieron que separarse. En junio de 1813, Ana, enferma de tantos sufrimientos y penalidades, no pudo acompañar esta vez a su marido, obligado por su puesto, a seguir al ejército imperial. Mientras su familia emprendió el camino hacia Francia, ella tuvo que quedarse ante el riesgo que suponía para su salud reanudar la marcha, a pesar del miedo que sentía a ser objeto de humillaciones por parte de los vencedores de la guerra. Sin embargo, fue tratada cortésmente por el mismísimo Wellington que le «mandó decir que estuviera completamente tranquila» y recibió atenciones de los generales Álava, Castaños y el duque del Parque que la protegieron durante su estancia en la ciudad castellana, conocidos antiguos de los O'Farrill¹⁶⁴:

[...] los generales, las autoridades, el Obispo, el vecindario, todos me decían ó me hacían decir por medio de mis criados las cosas mas lisongeras para calmar cualquier desasosiego que pudiese tener, y manifestandome el mayor interés por mi restablecimiento,

escribía ilusionada a su marido, creyendo que pronto se reuniría con él tras la frontera¹⁶⁵. No obstante, el amparo de los militares no fue del todo desinteresado, pues por lo que se deduce de la correspondencia de José Bonaparte debió existir algún tipo de negociación entre las autoridades españolas y francesas. Ana Carasa se hallaba retenida en Valladolid, en calidad de rehén, con el propósito de canjearla por algún oficial prisionero en el país vecino. El 10 de marzo de 1814, José desde París escribía a su hermano, el emperador, que se encontraba en Chavignon (departamento de Aisne):

Sire, les ministres écrivant à Votre Majesté, il est superflu que je répète combien les prisonniers de toutes les nations, épars dans le Midi, les inquiètent dans le moment actuel. Quelques chefs des plus dangereux se sont évadés parmi les Espagnols. Je prie Votre Majesté de permettre qu'un officier supérieur espagnol soit renvoyé en Espagne. Ce n'est qu'à cette condition que madame O'ffarill, femme du ministre, obtiendra la permission de rentrer en France. Un officier espagnol rentrant en plus n'est pas un grand gain pour l'Espagne, et cela procurerait la tranquillité à

¹⁶⁴ *Idem*, págs. 50-51 y Lieutenant Colonel GURWOOD (ed.), *The dispatches of Field Marshall The Duke of Wellington, ... from 1799 to 1818*, t. XI, Londres, John Murray, 1838, págs. 151 y 263. Entre la correspondencia de Wellington aparecen dos cartas dirigidas a Ana Teresa O'Farrill, posiblemente por un error de transcripción del apellido Carasa. En la segunda, fechada el 8 de noviembre de 1813, le comunica que no sabía la decisión del gobierno sobre su permiso para partir hacia Francia, pero que se habían pedido informes a Madrid sobre ella.

¹⁶⁵ O'FARRILL, *op. cit.*, pág. 50.

*une famille à laquelle je prends le plus vif intérêt, et dont je ne puis autrement reconnaître le dévouement*¹⁶⁶.

Más de diez meses tuvo que aguardar hasta su partida para reunirse con su esposo, después de obtener la autorización para viajar de la Regencia del Reino, que ponía toda clase de dificultades a «este inocente y justo permiso», según O’Farrill, que evitó el comentario de los pormenores de la negociación llevada a cabo¹⁶⁷. A este tiempo se refirió el fraile Manuel Martínez en su conocido folleto, escandalizado por la conducta de Ana Carasa: «Su casa era el *rendez-vous* de todo el traidorismo de ambos sexôs», refugio de los más conspicuos afrancesados vallisoletanos¹⁶⁸. Ante tan larga espera, todavía tuvo ocasión de anotar todo lo que observaba y pulsar el estado de la opinión sobre lo que estaba sucediendo, ya en el epílogo final de la guerra:

La masa del pueblo se ocupaba poco de lo liberal ó anti-liberal con tal que le dexasen sus novenas, procesiones y rosarios; pero sí se quexaban de la mala administracion de justicia, de la confusion de las instrucciones para la administracion interior del pais. Los mas ilustrados declamaban contra las infracciones que á cada paso se cometían contra la decantada constitucion: el ejército tampoco estaba contento por la mala asistencia, la preferencia que se daba á las guerrillas, y el despotismo de los Ingleses. En medio de este descontento general, nadie deseaba la vuelta de los Franceses; la nacion respiraba como quien se vé aliviado de una carga ominosa y pesada [...] Ah! Si á la España le fuese dado consolidar un gobierno sobre las bases de la justicia y la ilustracion, sin excitar para conseguirlo un horrorosa guerra civil, y si con él y la energía de los Españoles pudiese tener bastante fuerza para sostener su independenciam, sin necesitar abrigar en su seno un aliado que finge tomar parte en sus intereses porque así lo exíge su política ¿quál sería el Español que no sacrificase sus intereses privados á este bien inapreciable? Los que no han tenido en quanto han hecho mas obgeto que el bien de su patria volverían, pasadas las pasiones del momento, á ser reconocidos por sus verdaderos hijos; y sino se les hacía esta justicia, fortalecidos con el testimonio de sus conciencias, sabrían consolarse en su mala suerte, y tener la generosidad de celebrar la felicidad de sus compatriotas¹⁶⁹.

¹⁶⁶ Pierre-Emmanuel ALBERT, BARON DU CASSE (ed.), *Mémoires et correspondance politique et militaire du Roi Joseph*, t. X, París, Perrotin, 1854, pág. 192.

¹⁶⁷ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 51-52.

¹⁶⁸ Fray Manuel MARTÍNEZ, *Los famosos traidores*, *op. cit.*, pág. 13.

¹⁶⁹ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 53-54.

Los españoles, que habían soportado pacientemente cómo la guerra había trastornado su existencia durante seis años, se sentían defraudados con el régimen constitucional, que no había colmado sus esperanzas. Todos los sectores sociales dudaban que se pudieran solucionar los problemas. Habían conseguido librarse de los franceses, pero las quejas aumentaban a medida que los enemigos se alejaban. El gobierno, a la vez que iba restableciendo las autoridades en las zonas desocupadas, se encontraba territorios arrasados, que difícilmente podrían recuperarse, más que a base de grandes esfuerzos. Además, el fantasma de la guerra civil planeaba sobre todos ellos. Los liberales, en franca minoría, debían enfrentarse a un enemigo poderoso que no estaba dispuesto a ceder pacíficamente sus prerrogativas y privilegios. Para Ana Carasa, como para muchos afrancesados, la sentencia de las Cortes declarándoles traidores, les había dolido especialmente, pues estimaban que era demasiado severa, convencidos totalmente de que habían actuado con patriotismo. Habían perdido la guerra, pero creían que era posible la reconciliación. El exilio constituía un castigo demasiado duro y doloroso para todos ellos. Ella, a pesar de todo, también se alegraba del fin de la ocupación napoleónica¹⁷⁰.

Conseguido el permiso de la Regencia del Reino, la gaditana emprendió el viaje hacia Francia. Al cruzar la frontera española, aunque contenta por reunirse con su marido, no dejó de sentir una gran pena por dejar el país «quizá para siempre, quando queda en un momento bien crítico»¹⁷¹. Por fin, el 27 de abril de 1814 los dos cónyuges se reencontraron en París después de la larga separación. Para entonces Napoleón había sido derrotado y los aliados habían entrado en la capital gala. Sin apenas tiempo para reflexionar sobre el incierto futuro que les esperaba, pero todavía expectantes por si Fernando VII decretaba el perdón general para los afrancesados, recibieron la noticia del decreto de 30 de mayo que proscribía a los partidarios del rey José, incluyendo a las mujeres que hubieran partido con sus maridos al exilio, que enterró toda esperanza de regresar pronto a España¹⁷²:

¹⁷⁰ «un yugo extranjero, y mas tan insoportable como lo hacían los Franceses en España, es el mayor de los males en general para los pueblos, y mucho mas para el pueblo español, enemigo nato de todo lo extranjero. Yo he podido juzgar sin prevencion de ninguna especie de la alegría de los semblantes, y no me queda duda, á lo menos en lo que he visto, de que en medio de la situacion poco feliz en que se hallaban los habitantes de este país, se tenían por dichosos solo con no ver á sus opresores». *Ibid.*

¹⁷¹ *Idem*, pág. 56.

¹⁷² En realidad se trata de una circular del ministerio de Gracia y Justicia, «por la que se prescriben bajo diferentes artículos las reglas que deben observar los Capitanes generales, Comandantes, Gobernadores y Justicias de los pueblos de la frontera al volver á España los que se declararon parciales y fautores del Gobierno intruso, y salieron en pos de sus banderas». Fermín MARTÍN DE BALAMASEDA, *Decretos del rey don Fernando VII. Año primero de sus restitucion al trono de las Españas*, t. I, Madrid, Imprenta Real, 1818, págs. 49-51 y *Gaceta de Madrid*, núm. 81, 4 de junio de 1814, págs. 613-614.

Este decreto [...] ha causado la desolacion de algunos de los mejores patricios, la ruina de muchas familias respetables [...] La religion y la sana filosofía, apoyada del testimonio de una conciencia sin tacha, podrán solo fortificarnos para soportar tamañas penas, por mas que no renuncie á la esperanza de que un Soberano justo las pondrá término algun dia¹⁷³.

Ana Carasa, siempre interesada por la situación política de su patria, no podía menos que irritarse por el panorama que se presentaba ante sus ojos, observado desde la distancia: «El sistema de persecucion continuaba en nuestro pais: las palabras concordia, reconciliacion y union parecían borradas del diccionario de su idioma social, y reemplazadas por las de ódio, rencor y venganza»¹⁷⁴. La represión contra los afrancesados y liberales en España le había causado una gran inquietud —antiguos amigos y conocidos, se veían perseguidos por sus opiniones—, y el apaciguamiento de los resentimientos se veía cada vez más lejano.

En París continuaron viviendo, mientras O’Farrill y su compañero, Miguel José Azanza, exministro de Asuntos Eclesiásticos en el gobierno de José Bonaparte, se dedicaron a redactar la memoria que sirviera de justificación de su conducta en los años de la guerra. En ella, el general se refería a todos los servicios hechos a la patria, en los que había gastado «la mayor parte de su patrimonio y del de su mujer»¹⁷⁵. La campaña de escritos reivindicatorios de los afrancesados, ocupó a muchos de ellos durante esos primeros años de exilio. Las defensas se basaron, en su mayor parte, en justificar que, ante la situación de anarquía que vivía el país en 1808, se decidieron por la única opción que podía garantizar en alguna medida el orden, y en una convicción profunda en la inutilidad de la resistencia ante el empuje del ejército imperial. Además, defendían su gestión como empleados públicos, al servicio de José I, pues creían que habían evitado mayores males a los españoles de las zonas ocupadas, conteniendo la rapiña de los generales franceses y sus tropas¹⁷⁶.

Mientras, seguían esperando la anhelada noticia de una amnistía para los refugiados, que no llegó nunca. Sus deseos de una pronta resolución se desvanecieron con la noticia de la reaparición de Napoleón en la escena política en marzo de 1815. Los O’Farrill, expectantes, viéndose a sí mismos como proscritos «sin patria», quedaban a merced nuevamente de quien consideraban la causa de todas sus desgracias. Para evitarlo, Ana propuso a su marido refugiarse en Holanda o Inglaterra, pero él no se decidió porque la emigración podría interpretarse como una huida del país que les había acogido como refugiados, por el que debían

¹⁷³ O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 57-58.

¹⁷⁴ *Idem*, pág. 62.

¹⁷⁵ AZANZA y O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 291.

¹⁷⁶ LÓPEZ TABAR, *op. cit.*, págs. 132-133.

sentir agradecimiento¹⁷⁷. Otros exiliados no se limitaron a esperar el desenlace de los acontecimientos y se lanzaron a una campaña de apoyo al emperador, que él mismo favoreció, permitiendo su traslado a París y restableciendo los socorros¹⁷⁸. La incertidumbre duró cien días, y tras la derrota de Bonaparte en Waterloo, la situación no pareció cambiar para los afrancesados, tal y como se desprende de las palabras de la gaditana, anotadas en su diario: «A los desgraciados Españoles refugiados se les siguen dando socorros por el Gobierno Francés, digno de todo elogio y de nuestra gratitud, por acudir á esta necesidad quando la Francia se halla con gastos tan enormes que cubrir»¹⁷⁹.

Así transcurrió el año de 1815, pero al año siguiente una penosa enfermedad obligó a Ana Carasa a permanecer en cama. O’Farrill, abatido, consultó a los mejores médicos parisienses que recomendaron que se trasladara a la enferma al campo. En Auteuil, pueblo cercano a París, pasaron el verano. Los amigos y conocidos, compañeros de la «comun desgracia», se interesaron por la salud de la gaditana, que parecía en vías de recuperación¹⁸⁰. Sin embargo, al llegar el otoño, los síntomas se agravaron. Después de varios meses de sufrimiento, el 5 de noviembre de dicho año, falleció en la casa que residían en la capital francesa, en los brazos de su amado marido que, desconsolado por la muerte de su «femme adorée», escribió¹⁸¹:

Ya no exístes, dulce esperanza de mi corazon, pero tu imagen no se me separa un instante: nuestra felicidad ha durado 29 años, y ahora se me hace un sueño; tal es la rapidez del tiempo quando el corazon está satisfecho: todos los acontecimientos de la vida, [...] se hallan tan profundamente gravados en mi corazon, que las circunstancias mas pequeñas que se ligan á tu memoria tienen para mí un interés inexplicable; mis pensamientos y mis acciones todas te tomarán siempre por modelo, y el bien que pueda hacer á mis semejantes, tú serás el primero de mis estímulos quando no seas su objeto¹⁸².

¹⁷⁷ O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 64.

¹⁷⁸ LÓPEZ TABAR, *op. cit.*, págs. 129-130.

¹⁷⁹ Al conocer la derrota de Napoleón, Ana Carasa comentó: «El 21 de junio se tuvo en Paris noticia de la batalla de Waterloo: es cosa muy digna de notarse, que en este dia subieron los fondos públicos mas de 3 por 100, lo que prueba que la esperanza de la paz, de qualquier modo que fuese dictada, valía mas en la opinion pública que todas las ventajas que pudieran esperarse de la guerra». Alusión en la que deja entrever un cierto interés por la economía que se derivaría de sus orígenes pues, en su Cádiz natal, se movió en un ambiente en el que estaban acostumbrados a analizar la repercusión de cualquier noticia en los intercambios comerciales. O’FARRILL, *op. cit.*, págs. 65-66.

¹⁸⁰ *Idem*, pág. 69.

¹⁸¹ MURIEL, *Notice sur D. Gonzalo O’Farrill, op. cit.*, pág. 75.

¹⁸² O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 73. En el folleto dedicado a su esposa el general O’Farrill incluyó una lámina del monumento sepulcral, en el que figuraba la siguiente inscripción: «Aquí yace Doña Ana Rodríguez de

Sus compañeras de la Junta de Damas no olvidaron su memoria y, al conocer su fallecimiento, manifestaron su agradecimiento por su dedicación a la institución de huérfanos «a quienes debieron estos infelices en el tiempo de angustia su asistencia diaria y la protección que pudo adquirirles su caridad en beneficio de su indigencia, cuyos dulces recuerdos conservó hasta el fin»¹⁸³. Pero no sólo sus antiguas amigas mostraron sus condolencias al afligido viudo, el mismo obispo de Valladolid dio pruebas de su pesar por la muerte de una mujer muy distinta a la que había descrito el fraile Martínez, aunque ambos la habían conocido en la misma época. Al incluir este testimonio en su obra, O’Farrill quiso significar la diferencia de opinión entre uno y otro, para contrarrestar el daño producido por el maledicente folleto del religioso, lleno de falsedades e insidias¹⁸⁴.

Todavía Gonzalo O’Farrill sobrevivió bastantes años a su esposa y soportó la pena de asistir a los fallecimientos de su hijastro, Pedro Miguel, y de su mujer, Pepita¹⁸⁵. Después, quedó como tutor de la hija de ambos, María Teresa¹⁸⁶. En 1827 recuperó su graduación de teniente general, pero no por ello quiso abandonar la capital francesa, en la que le retenían tantos recuerdos de su querida «Anita»¹⁸⁷. Durante los años que le restaban de vida siguió cultivando su inclinación por la ciencia, que estudiaba con pasión. Visitaba diariamente los establecimientos científicos parisinos y se interesaba por cualquier nuevo descubrimiento que resultara útil¹⁸⁸. Murió en París el 19 de julio de 1831¹⁸⁹. Todos ellos fueron enterrados en el panteón familiar en el cementerio de Père Lachaise, donde descansaban muchos exiliados españoles. Leandro Fernández de Moratín al visitarlo en 1819, no pudo dejar de exclamar, con su humor característico: «Si

Carassa, esposa de Don Gonzalo O’Farrill. Nació en Cadiz año de 1763. Falleció en Paris el 5 de noviembre de 1816. Fue mas sensible á las penas ajenas que á las suyas propias (sic): tan humana como afable, su corazon sintió siempre lo que su rostro demostraba. Buena hija, excelente madre, y la mejor esposa y amiga. Su marido y sus hijos inconsolables por su pérdida quisieron grabar con sus lágrimas este epitafio á su memoria. Almas piadosas rogad á Dios para que en paz descanse».

¹⁸³ *Idem*, pág. 47.

¹⁸⁴ El Obispo de Valladolid, Vicente Varcárcel, en su carta, se mostró respetuoso y afectivo con O’Farrill, que agradeció con toda sinceridad sus palabras de condolencia. Gonzalo O’FARRILL, *op. cit.*, pág. 51.

¹⁸⁵ Pedro Miguel Sáenz de Santa María y Rodríguez de Carasa murió el 7 de agosto de 1823 y María Josefa Santa Cruz y Montalvo, su esposa, el 24 de septiembre de 1825, ambos en la capital francesa. FIGAROLA CANEDA, *La Condesa de Merlin (María de la Merced Santa Cruz y Montalvo): Estudio bibliográfico e iconográfico. Su correspondencia íntima (1789-1852)*, págs. 69-70.

¹⁸⁶ María Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, «Entre la adhesión y el exilio: trayectoria de dos cubanos en una España segmentada», José Antonio PIQUERAS ARENAS (ed.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI, 2005, págs. 343-363, <<http://www.reccma.es/gonzalezripoll.pdf>>.

¹⁸⁷ *Estado Militar de España. Año de 1829*, Madrid, Imprenta Real, 1829, pág. 20.

¹⁸⁸ MERLIN, *Memorias*, *op. cit.*, págs. 39-41.

¹⁸⁹ MURIEL, *Notice sur D. Gonzalo O’Farrill*, *op. cit.*, pág. 81.

viera usted ¡qué hermoso cementerio hay aquí! Ganas le dan a uno de morirse cuanto antes, por ir allá. Allí está Urquijo, la mujer de O’Farril, don Frutos Álvaro Benito, García Suelto, y otros muchos que hablaban como nosotros, y a todos les va muy ricamente»¹⁹⁰.

¹⁹⁰ «A doña Francisca Muñoz», París, 24 de mayo de 1819, Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Epistolario*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1927, págs. 189-190.